

FAMILIA Y TRABAJO.  
LA REESTRUCTURACION DE LAS FRONTERAS DE GENERO<sup>1</sup>

Catalina Wainerman

INTRODUCCION

La crisis económica que acosa a la Argentina y a otros países de la región latinoamericana, ha tenido y sigue teniendo profundos efectos sobre las familias y los modos de vida de sus miembros. La inseguridad económica, la flexibilización del empleo, de las remuneraciones, de los beneficios sociales, el abandono de las redes de contención del Estado, forman parte de las amenazas reales y temidas que se han instalado en nuestra sociedad desde comienzos de los 80.

Desde entonces ha tenido lugar un aumento de la participación económica de las mujeres, ya no de jóvenes hijas sino ahora sobre todo de mujeres casadas y unidas, madres y cónyuges de edades medianas, con responsabilidades de familia; y también un aumento de la desocupación de los varones, ahora no sólo entre los jóvenes y los viejos sino, y sobre todo, entre los jefes de familia, de edades medias. En ese contexto, las relaciones entre trabajo y familia se han transformado de manera radical poniendo en cuestión modelos de funcionamiento establecidos como naturales por mucho tiempo. El modelo patriarcal del hogar nuclear con un padre-esposo proveedor económico que sale a buscar el sustento del hogar y una madre-esposa ama de casa que permanece en el hogar proveedora de los afectos y de la reproducción diaria y generacional de la familia, ha sido sacudido hasta sus raíces. Hogares en que ambos cónyuges están en el mercado de trabajo, algunos buscando infructuosamente trabajo; hogares en los que las mujeres se convirtieron en las principales o exclusivas proveedoras económicas en reemplazo del marido desocupado; hogares en los que la pareja conyugal se ha roto y en los que la mujer enfrenta sola ambos roles, el de proveedora económica y el de madre-ama de casa/sostén emocional de sus hijos; son algunas de las formas no tradicionales de familia que han surgido con la crisis recesiva que nos acompaña.

---

<sup>1</sup> El presente capítulo se basa en resultados parciales obtenidos en el marco del proyecto “Reestructuración económica y dinámica familiar: explorando las transformaciones en la conyugalidad y la paternidad”, subsidiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica, mediante el contrato CENEP BID 1201/OC-AR, Proyecto N° 4-6228 (2000-2003).

Es acerca de estas transformaciones que nos ocuparemos en este capítulo, especialmente de la pérdida de popularidad del modelo del proveedor único (varón) y de la expansión del modelo de dos proveedores (ambos cónyuges) entre los hogares nucleares completos, formados por la pareja conyugal, con hijos solteros convivientes, el modo de vivir en familia que sigue siendo el más frecuente en nuestro país. Pondremos nuestra mirada en los hogares residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires desde 1980 hasta 2000. Las preguntas que enfrentaremos son: ¿en qué medida el modelo patriarcal ha dejado de ser EL modelo?, ¿en qué medida ha dejado de serlo para familias de diversos sectores de población, sea en términos de su etapa de formación (reciente o antigua), de la presencia de hijos en el hogar de diversas edades, de su pertenencia a diversos niveles socioeconómicos, etc.? Por otro lado, ¿cuánto han cambiado en este proceso algunas de las características de los miembros de las parejas conyugales que pueden afectar sus relaciones de poder en cuanto a posibilidades de moldear o de determinar el comportamiento del otro/a? Se trata de: ¿en qué medida han aumentado las parejas en las que las mujeres contribuyen al sostenimiento económico del hogar?, ¿en qué medida han aumentado las parejas en las que el ingreso monetario de las mujeres iguala y/o supera al de sus cónyuges?, ¿en qué medida han aumentado aquéllas en las que el tiempo de trabajo económico de las mujeres no es intersticial sino que también iguala y/o supera al de sus cónyuges varones?, ¿en qué medida aumentaron aquéllas en las que las esposas cuentan con un capital cultural mayor que el de los esposos, medido en años de escolaridad? Aunque estas características -actividad laboral, ingresos, tiempo de trabajo, educación- no son suficientes para establecer las relaciones de poder en una pareja conyugal son, sin duda alguna, fuentes potenciales para establecer grados diferentes de poder. Las respuestas a estas preguntas nos servirán de marco objetivo en el nivel macro para anticipar en qué medida se está transformando, o más bien es posible que se transforme, la dinámica interna de las familias, en especial, alrededor de la división del trabajo por género entre ambos cónyuges. El examen de cómo ocurre en el nivel micro, cómo se juega y procesa el poder en la vida cotidiana, requiere otras técnicas y fuentes de datos (fundamentalmente entrevistas) que las que manejamos aquí y, por lo tanto, no formará parte de este capítulo.

Nos apoyaremos para responder a estas preguntas en los datos recogidos bianualmente por la Encuesta Permanente de Hogares. Y nos concentraremos en momentos históricos clave del proceso que se inició en 1980.

## Las medidas de ajuste y el mercado de trabajo

La política económica puesta en práctica durante el proceso militar, a partir de marzo de 1976, trajo aparejado un endeudamiento externo sin precedentes, acompañado de una disminución en el ritmo de crecimiento, aumento de los precios y de la inflación, desindustrialización, terciarización de la producción y del empleo, y un incremento de la subutilización de los recursos y de la pobreza.

Con el retorno de la democracia, en 1983, los planes económicos no lograron retomar la senda del crecimiento ni disminuir por largo tiempo la inflación. Más allá del éxito efímero del Plan Austral, la crisis económica siguió profundizándose hasta desembocar en los picos hiperinflacionarios de 1989 y 1990 y, en esta última fecha, en un PBI per capita 20% inferior al de 1980.

El retroceso dejó huellas profundas en el mercado de trabajo. En los años 80, la brecha generada entre la oferta de trabajo productivo y la disponibilidad de mano de obra se resolvió a través de la fuerte expansión de dos formas de subutilización (desempleo abierto y subempleo horario) y del aumento del trabajo informal. El aumento del empleo con un PBI estancado condujo a un descenso de la productividad laboral, que a su vez se reflejó en las remuneraciones. Entre 1980 y 1991 el salario real sufrió una disminución del 14% (Canitrot, 1995). Las remuneraciones de otros perceptores siguieron pautas similares a la de los asalariados, mientras el ingreso de los jubilados se redujo aún más (Beccaria y López, 1996). Este descenso de los ingresos fue la contracara de un aumento significativo de la desigualdad social.

El legado que dejó la década de los 80 en materia ocupacional era complejo. Durante los 90 las tendencias regresivas no sólo no se revirtieron sino que se acentuaron. A comienzos de la década, dentro del marco de los postulados del Consenso de Washington,<sup>2</sup> la Argentina, como la mayoría de los países de la región, se embarcó en una profunda reforma del modelo de acumulación y de intervención estatal vigentes desde la posguerra. Se trata del abandono de un sistema cerrado, con fuerte intervención estatal, por un modelo abierto que prioriza los mecanismos del mercado. La Ley de Convertibilidad y el conjunto de reformas que la acompañaron, la apertura comercial, la

---

<sup>2</sup> El Consenso de Washington condensa una serie de reformas impulsadas por los organismos internacionales en América Latina. Se trata de diez instrumentos de política: disciplina fiscal, prioridad del gasto público en educación y salud, reforma tributaria, tasas de interés positivas determinadas por el mercado, tipos de cambio competitivos, políticas comerciales liberales, apertura a la inversión extranjera, privatización de empresas públicas, desregulación y protección de la propiedad privada.

desregulación y las privatizaciones, tuvieron un fuerte impacto en la estructura y dinámica productiva del país y, consiguientemente, también en el mercado de trabajo. En éste se introdujeron una serie de reformas dirigidas a aumentar la flexibilización de las contrataciones y de los despidos, mientras se reducían las obligaciones de los patrones por los pagos de la seguridad social (Marshall, 1998).

Tras la aplicación de estas medidas, entre 1991 y 1994, el país alcanzó logros macroeconómicos significativos, especialmente la baja de la inflación y la recuperación del crecimiento del PBI a una tasa relativamente alta. Esta reactivación, ligada a la estabilización de los precios, permitió mejorar levemente el poder de compra de las remuneraciones. A esto se añadió una expansión del crédito al consumo, que acompañó a la primavera que creó el Plan de Convertibilidad. Pero la fragilidad de la economía, cuya expansión se asentaba en la entrada de capitales externos, se advirtió plenamente tras el impacto del "efecto tequila", producto de la crisis mexicana de 1994, determinando una caída del PBI del 5% durante 1995. En ese año y el siguiente el desempleo abierto creció hasta cifras nunca antes igualadas, llegando a rondar el 20% en Mayo de 1996 entre la población económicamente activa del Area Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), cuando en los 80 había oscilado entre el 5% y el 7%, exceptuando el 8,1% de Mayo de 1989, en plena hiperinflación. Esta situación crítica empezó a ceder en 1997, aparentemente por efecto de las políticas de creación de empleo y de absorción de la desocupación que comenzaron a implementarse a comienzos de ese año (Sautu, 2000).

El deterioro ocupacional que se mantuvo, aún durante la etapa de reactivación económica, evidencia que el crecimiento del producto no es condición suficiente para el incremento del empleo (Monza, 1995). Las causas principales del desempleo fueron diversas en el Area Metropolitana de Buenos Aires y en el interior del país (Monza, 1996). En el primero caso, el aumento del desempleo abierto respondió, por una parte, a la destrucción de puestos de trabajo y, por otro, al crecimiento de las tasas de actividad global, superior al crecimiento de la población, que fue motorizado por las mujeres. En el interior, en cambio, la expansión de la mano de obra fue resultado, sobre todo, del incremento poblacional. En este caso la creación de empleo no alcanzó a absorber la fuerte presión demográfica.

## Empleo y desempleo desde la perspectiva de género

La historia laboral, incluyendo la de la ocupación y desocupación, fue diversa para las mujeres y los varones.

Desde la segunda postguerra hasta los 60 y más aceleradamente después de los 70, las mujeres habían aumentado su participación en la fuerza de trabajo.<sup>3</sup> Este movimiento de la casa al trabajo actuó como una contracorriente dentro del panorama de una fuerza de trabajo global decreciente, panorama al que contribuyeron los varones reduciendo sustancialmente su participación laboral vía los jóvenes (que prolongaron su escolaridad y retrasaron su ingreso al mundo del trabajo) y los mayores (que adelantaron su salida del mercado en pos de la jubilación y el retiro). A estos grupos se les añadieron, desde mediados de la década del 70 y más aceleradamente desde los 80, los varones adultos jefes de hogar que redujeron su participación en el mercado laboral por efecto de la crisis.

Las cifras son claras, la proporción de mujeres de entre todos los trabajadores (mujeres y varones) de 14 y más años de edad, creció desde un 22% en ocasión del censo de 1960, a 25% en el de 1970 y a 27% en el de 1980 (Wainerman, 1995, Recchini de Lattes, 1980). Las responsables del crecimiento, como se puede ver en el gráfico 1, fueron las mujeres de entre 25 y 55 años de edad cuya participación pasó de 23% a 33% y, entre ellas, más especialmente las de 35 a 55 años, que crecieron de 20% a 31%, lo que representa un alza de 55%. (Entretanto los varones de entre 25 y 55 años de edad disminuían su participación de 96% a 93%). Se trata, sobre todo, de mujeres casadas y unidas, en su mayoría cónyuges del jefe del hogar, con niveles medios y, sobre todo, altos de educación.

---

Gráfico 1 aproximadamente aquí

---

Pero no sólo más mujeres concurrieron al mercado laboral sino también permanecieron por más años en él y más reingresaron a trabajar a partir de los 30 a 40 años. La expansión de la

---

<sup>3</sup> La "población económicamente activa" o la "población trabajadora", nombra a la población ocupada **más** la desocupada buscando trabajo. Excluye a las personas inactivas económicamente según los censos, las que no buscan trabajo, las estudiantes, jubiladas o pensionadas, inválidas permanentes, rentistas y amas de casa que no desempeñan simultáneamente una actividad laboral.

educación, sobre todo secundaria, y la equiparación con los varones en esta materia ha tenido un efecto importante sobre el incremento de la oferta laboral de las mujeres. La postergación del matrimonio y la reducción del tamaño de la familia hicieron lo suyo en el mismo sentido.

El proceso de retirada del Estado como proveedor de bienes y servicios colectivos que se acentuó desde fines de los 80, disminuyendo los aportes a la infraestructura y los salarios en las áreas de salud y educación, empujó el traslado de estos costos a las unidades domésticas con lo que los costos de la reproducción de las familias aumentaron. La sociedad argentina asistió a un paulatino aumento de la pobreza acompañado de altos niveles de desocupación, cuentapropismo, informalización y precarización laboral alimentada por los desplazados del sector industrial.

Razones técnicas impiden seguir la trayectoria histórica de la fuerza de trabajo en todo el país hacia comienzos de los 90.<sup>4</sup> Entre 1980 y 1990, las mujeres manifiestamente aumentaron su propensión a concurrir al mercado de trabajo y lo han hecho frente a hombres que han mantenido o han disminuido la suya. Así es como en el AMBA, la tasa de actividad de las mujeres de 14 y más años de edad creció de 32% en 1980 a 37% en 1991, lo que equivale a un 16%, es decir, sustancialmente más que en el total del país en la década anterior. Entretanto, los varones de las mismas edades mantuvieron en alrededor del 75% su nivel de participación. Estos movimientos continuaron el proceso de feminización de la fuerza de trabajo que venía ocurriendo en la década anterior, haciendo que las mujeres del AMBA de 14 y más años de edad pasaran de representar el 33% al 36% de la fuerza de trabajo.

Los datos precedentes han sido interpretados como un mecanismo de ajuste ante la crisis del mercado laboral, una que impulsó a las mujeres en mayor medida que en años anteriores a integrarse a la fuerza de trabajo para aportar ingresos a los depreciados presupuestos familiares. El hecho de que la participación de las mujeres cónyuges aumentara al mismo tiempo que descendía la de los varones -concomitantemente con la reducción del empleo en la industria y la construcción- sugiere que ellas salieron a trabajar para reemplazar los aportes al presupuesto familiar de los varones jefes de hogar y para apuntalar los ingresos familiares sumamente deteriorados, tratando de mantener el

---

4 El censo de 1991, último disponible hasta el momento, modificó los instrumentos de captación de la población económicamente activa tras el reconocimiento de que los censos anteriores habían subregistrado una parte considerable de la población femenina trabajadora, no así de la población masculina. La consecuencia fue que se contabilizó mejor a las mujeres trabajadoras, lo que aumentó su número, en parte como reflejo de los cambios en la realidad, y en parte como consecuencia del cambio en los instrumentos de captación (Wainerman y Giusti, 1994, Giusti et al. 1995). Según el censo de 1991, la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo de todo el país creció al 36%, desde el 27% medido por el censo de 1980, lo que representa un 33% de aumento. De todos modos, el aumento que contabilizó la Encuesta Permanente de Hogares del AMBA para las mujeres de 14 y más años de edad fue de 9% para el mismo período. La

nivel de consumo y evitar el desclasamiento. Por otra parte, en algunas jurisdicciones del país la salida con harta frecuencia terminó por engrosar las filas de un ejército de desocupados y de subocupados <sup>5</sup>, lo que es índice de una economía que no fue capaz de crear suficientes puestos de trabajo. En otras palabras, la incorporación de más mujeres a la actividad laboral no puede interpretarse simple y llanamente como indicador de modernización, desarrollo o crecimiento, como se entendía en los 70, cuando en la participación laboral se cifraban las esperanzas del cambio de la condición de la mujer.

En efecto, en la década del 80, en el AMBA la desocupación creció entre ambos, mujeres y varones activos, llegando a cifras que, si bien no son alarmantes en términos relativos a las de otros países de la región, figuran entre las más altas que se habían registrado en la historia del país hasta ese momento. Las tasas de desocupación entre las mujeres se duplicaron en la década. Notablemente el fenómeno alcanzó mayor extensión entre los varones, lo que contribuyó a producir, junto a la feminización de la fuerza de trabajo, una masculinización de la población desocupada. El hecho es destacable dado que implica una inversión de la tendencia histórica en la que siempre las mujeres aventajaron a los hombres en el fracaso por encontrar ocupación. Por otra parte, la subocupación ha afectado más a las mujeres que a los varones y, en general, lo hizo de modo creciente a lo largo de la década. Es decir, fueron más las mujeres que los varones quienes trabajan menos de un tiempo completo (35 horas semanales) y que quisieran trabajar más horas (Wainerman, 1995).

En suma, las cifras de desocupación y subocupación nos ponen frente a un hecho insoslayable: el deterioro de la situación del empleo de mujeres y de varones en la década. El hecho hay que subrayarlo para poner en evidencia que el aumento de la tasa de actividad femenina no ha de entenderse erróneamente como un aumento de puestos de trabajo y de empleo.

La relativa mejor situación o, para decirlo con mayor propiedad, la algo menos mala situación de las mujeres respecto de los varones parecería indicar que ellas tuvieron más posibilidades que ellos de conseguir trabajo, aunque cuando lo lograron fue para acceder con harta frecuencia a puestos de trabajos precarios. No sólo son muchas las que no lograron trabajar tantas horas como necesitaban, tampoco lograron hacerlo con niveles de protección dignos. En efecto,

---

cifra, aunque inferior a la de los censos, refleja un cambio importante en la realidad de la fuerza de trabajo femenina.

<sup>5</sup> Son "ocupadas" las personas que trabajaron o tenían un empleo al que por circunstancias transitorias no concurrieron (huelga, mal tiempo, etc.) durante la semana anterior al relevamiento de la encuesta. Son "desocupadas" (abiertas) las que en la semana de referencia no tuvieron trabajo y lo estuvieron buscando. Son "subocupadas" las que trabajaron esa semana, pero menos horas que las que quisieran trabajar.

entre 1980 y 1990 las mujeres del AMBA encontraron ocupación crecientemente en puestos en los que no gozaban de beneficio social **alguno** (12,3% en 1980 y más del doble, 27,7%, en 1990), mientras quienes lo encontraban en puestos que gozaban de **algún** beneficio social disminuyeron a casi la mitad, de 24,7% a 14,0%. El empleo masculino siguió igual tendencia hacia la precarización, si bien a partir de cifras algo menos desfavorables. Estas tendencias se aminoraron en los primeros años de los 90 (Wainerman, 1995).

Llegados a los 90 las tendencias en el empleo femenino y masculino se acentuaron. Entre 1991 y 1996, es decir, desde la instalación del nuevo modelo y el momento en que su impacto sobre el mercado de trabajo alcanzó su pico más alto con elevadísimas tasas de desocupación, la tasa de crecimiento de la población activa del AMBA de entre 15 y 69 años de edad (9,4%) duplicó a la de la población total de esas mismas edades (4,2%). Pero el aporte de ambos sexos otra vez fue disímil. Las mujeres contribuyeron al crecimiento de los activos mucho más que los hombres; especialmente lo hicieron las de 20-24 a 40-44 y las de 50 a 55 años de edad (Sautu, 1997). En contraste, las tasas de participación económica masculina prácticamente no variaron en ese período, excepto ligeramente entre el grupo de 50-54 años de edad. Más precisamente, en estos años las mujeres activas del AMBA de entre 15 y 64 años crecieron a tasas tres veces mayores que los varones (38% a 53% mientras ellos se mantuvieron alrededor del 85%). Esto continuó intensificando el proceso de feminización de la fuerza de trabajo, como puede verse en el gráfico 2. Es importante destacar que las mujeres que se incorporaron en mayores proporciones al mercado en estos años continuaron siendo las casadas y unidas, en su mayoría cónyuges del jefe de hogar.

---

Gráfico 2 aproximadamente aquí

---

Pero este aumento de la oferta de mano de obra no fue acompañada de otro equivalente del empleo, por lo que una parte de esa oferta terminó contribuyendo al aumento de la desocupación, sobre todo entre las mujeres dado que ellas habían ofertado su fuerza de trabajo en el mercado en número mucho mayor que los varones. La mayor desocupación de estos se debió más bien a la pérdida de puestos de trabajo "masculinos", sobre todo entre los de bajo nivel de educación y con

más de 40 años de edad. El hecho es que mientras entre 1991 la tasa promedio de desocupación de la totalidad de la población activa del AMBA rondaba el 6%, en 1996 llegó a superar la cifra del 19%. La disminución de los puestos de trabajo, la mayor desocupación, la menor capacidad de cambio de empleo, junto a la mayor presión tributaria y el alza de los servicios públicos ahora privatizados, han afectado de modo dramático la vida cotidiana de las familias.

Las tasas de desempleo abierto son apenas la punta del iceberg de la delicada situación ocupacional argentina. A quienes buscan infructuosamente trabajo se suman los trabajadores en situaciones ocupacionales precarias. Los subocupados horarios, los desocupados desalentados que han dejado de buscar activamente trabajo y los subempleados (el empleo doméstico, el sector informal urbano, el sobreempleo público y los trabajadores rurales pobres) también detentan condiciones laborales insatisfactorias.

Sumando todas estas situaciones, Monza (1995) estimó para Mayo de 1994 que tres millones de personas se hallaban en condiciones ocupacionales precarias. Desde entonces, el deterioro del mercado de trabajo se ha profundizado sustancialmente. Hacia principios de 1999, dos millones de personas estaban desempleadas (Kritz, 1999) y de ellas apenas un 10% contaba con seguro de desempleo (Monza, 1999).

También las remuneraciones acusan el impacto negativo de la reestructuración productiva. En el inicio la recuperación del nivel de actividad y la reducción de la inflación propiciaron un repunte en los ingresos reales de todos los perceptores. No obstante, los efectos regresivos operados en el mercado de trabajo y la eliminación o debilitamiento de las instancias en las que se dirimía la puja distributiva impidieron una mejoría sostenida de las remuneraciones. Hacia 1995, la distribución del ingreso en el Gran Buenos Aires mostraba un grado de desigualdad relativo similar al de los años de la hiperinflación, y mayor que el registrado en 1997/8 (Beccaria y López, 1996). Coincidentemente, mientras la productividad aumentó alrededor de un 40% durante la convertibilidad, los salarios sufrieron un retroceso del orden del 10% al 15% (Valle, 1998). De este modo, la riqueza ganada en los últimos años fue apropiada principalmente por el capital, acentuándose el carácter regresivo de la distribución del ingreso.

El impacto de las transformaciones operadas en el mercado de trabajo sobre las condiciones de vida de la población son evidenciadas de modo dramático por los índices de pobreza. El porcentaje de hogares del AMBA bajo la línea de pobreza, que entre 1991 y 1993 había decrecido,

llegó a superar los valores de 1985 marcando una tendencia a un aumento fuerte y constante que en 1994 llegó al 14,2%, en 1995 al 18,2% y en 1996 trepó al 20,1% (Suárez, 1998).

En síntesis, el aumento de la participación económica de las mujeres en la década del 90, como ocurriera en la del 80, no se puede interpretar como señal de ampliación de sus oportunidades. En un país empobrecido, las mujeres salieron a reemplazar los ingresos deteriorados de sus cónyuges y/o a mantener el nivel de consumo familiar buscando frenar la caída "cuesta abajo". Los datos de Cerrutti (2000) muestran que, en el caso del AMBA, el crecimiento de la fuerza de trabajo femenina más que resultado del retorno al mercado laboral de antes "trabajadores desalentados" (que habían abandonado la búsqueda de trabajo cuando las condiciones de alto desempleo la desaconsejaron), es efecto de la incorporación de "trabajadores adicionales", que buscan compensar la desocupación de los trabajadores "primarios" (habitualmente los jefes de hogar). Es decir, el crecimiento de la participación económica de las mujeres no aparece vinculado al mejoramiento de su situación en la sociedad sino a procesos de ajuste estructural y reestructuración económica (Berger, 1995).

#### Transformaciones en los individuos y en las familias

El cambio significativo operado en las últimas décadas no se agota en la magnitud de mujeres que se incorporaron al mercado de trabajo, involucra también un cambio de comportamiento a lo largo del ciclo vital de carácter revolucionario. La fuerza de trabajo femenina hasta los 60 estaba formada predominantemente por hijas trabajadoras que salían a trabajar en general en su juventud, antes de casarse o de tener su primer hijo, y luego dejaban de hacerlo para dedicarse a la casa y a la crianza, porque se entendía que era parte de la hombría de bien de los maridos ser el sustento de su familia. Los varones, en cambio, no tenían elección. Ingresaban a la fuerza de trabajo y allí se quedaban, ocupados o buscando desempeñar una actividad, hasta su retiro o su muerte. Casarse, tener hijos, pocos o muchos, que el menor ingresara a la escuela, no afectaba su relación estable con el mercado laboral. Para ellas, en cambio, las entradas y salidas del mercado de trabajo estaban íntimamente ligadas a esos tránsitos vitales.

Actualmente son muchas las mujeres que entran y permanecen en el mercado de trabajo -sea como ocupadas o buscando trabajo-, casi como los varones, cualquiera sea su situación familiar. Lo mismo da que formen o no una pareja, tengan o no hijos, y si los tienen, sean bebés, niños o

adolescentes. Y en esto la Argentina no está sola. Sigue el camino que ya han recorrido los países más desarrollados de América y de Europa en los que la trayectoria laboral de las mujeres se ha asimilado a la de los varones. Esta transformación ha ido paso a paso con otras que tuvieron lugar en las vidas de los individuos y en las vidas de las familias en las últimas tres décadas.

Desde el lado de los individuos, en la Argentina, como en la mayoría de los países desarrollados y muchos en desarrollo, se ha producido un aumento de la esperanza de vida y del envejecimiento de la población, una expansión de la educación, una disminución de la natalidad y de las uniones matrimoniales legales, y un aumento de la edad para contraer matrimonio, así como de las uniones de hecho, de los divorcios y de las separaciones (Wainerman y Geldstein, 1994). Todos estos cambios, que afectaron a ambos, mujeres y varones, lo hicieron más, o más directamente, sobre las primeras que los segundos. En estas últimas tres décadas las mujeres han recorrido un largo camino en dirección a la igualación de sus oportunidades con las de los varones. Han alcanzado niveles más altos de educación, en el ámbito de la escuela secundaria, primero, y de la universidad después, al punto que en 1988 llegaron a constituir más de la mitad de la población estudiantil de la Universidad de Buenos Aires y en 1994 alcanzaron al 52,2% de la población de todas las universidades nacionales (Palermo, 2000), mientras han avanzado sobre la matrícula de carreras antes privativas de los varones como ingeniería, veterinaria o ciencias económicas, al punto de que sólo en un grupo reducido de carreras ellas no son mayoría.

El hecho tiene una trascendencia que va más allá de la educación en sí y de las oportunidades laborales que potencialmente abre. Es que las mujeres con mayor educación tienen pautas maritales y reproductivas bien diferentes a las que no alcanzaron a superar el nivel primario (Wainerman, 1979). Las primeras postergan por más años su casamiento, más de entre ellas permanecen solteras, son más de entre ellas las que postergan la maternidad, sea no teniendo hijos o teniéndolos en menor número y más tardíamente en sus vidas. Finalmente, estas mujeres tienen una propensión significativamente mayor a participar del mercado de trabajo que quienes tienen menores niveles de educación. La posibilidad de las mujeres de ganar su propio dinero y de alcanzar algún grado de independencia económica, aún en los sectores más desposeídos, es un motor de cambios potenciales en la distribución del poder conyugal, en la toma de decisiones, en la educación de los hijos y, por supuesto, en la formación y disolución de las familias (Geldstein, 1994). Por eso las transformaciones reseñadas se han dado juntamente con profundos cambios en las familias.

Nuevas formas de vivir en familia han aparecido, o se han extendido a otros sectores sociales, en las últimas dos décadas (Wainerman y Geldstein, 1994). Esto es resultado de la disminución del número de miembros; el aumento de uniones consensuales; de la edad para casarse; la pérdida de popularidad del casamiento civil, ni que hablar del religioso, y el reemplazo por uniones de hecho, sin papeles; la celebración de bodas de novias embarazadas; el nacimiento de hijos extramatrimoniales; el aumento de separaciones y divorcios. Estos ingredientes han auspiciado la multiplicación de parejas que eligieron no tener hijos; de mujeres solteras que, en cambio, eligieron tenerlos y criarlos solas; de familias formadas por una madre y sus hijos, sin padre conviviente; de otras formadas por padres separados, que comparten la tenencia de sus hijos y conviven con ellos en sus respectivos domicilios la mitad de la semana; de hogares formados (muchos menos) por un padre y sus hijos; de hogares "ensamblados" o "reconstituidos"; de hogares encabezados por mujeres que son las principales proveedoras económicas; de hogares formados por parejas homosexuales sin hijos, o de otras que adoptaron uno o dos hijos.

#### La vida en familia en el Area Metropolitana de Buenos Aires

En 1980 la población residente en el Area Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) vivía en cerca de 2.750.000 hogares particulares. La mayoría absoluta de estos arreglos residenciales (casi 90%) eran "familias", es decir, sus miembros estaban vinculados por lazos de parentesco, en tanto el resto eran unidades domésticas "no familiares", formadas por personas viviendo solas ("unipersonales") o por personas no emparentadas que compartían la vivienda (amigos, compañeros de trabajo u otros). Estos últimos, a los que se denomina "multipersonales", no alcanzaban al 1%.

Quienes vivían en familia preferían hacerlo en alguna de las formas de "familias nucleares" en las que convivían ambos o sólo uno de los cónyuges con sus hijos solteros, o sólo ambos cónyuges sin hijos, en algunos casos porque ya no vivían en el hogar nuclear o porque nunca hubieran tenido hijos. Estos alcanzaban a tres cuartos (75,4%) de los hogares familiares. Del resto, casi todos vivían en "familias extendidas" (23,2%), que incluían otros parientes de la pareja conyugal (padres, suegros, tíos, sobrinos, hermanos, cuñados), o en "familias compuestas" (1,4%), en las que convivían miembros no emparentados (amigos, pensionistas, etc.) junto a los integrantes de la familia, fuera nuclear o extendida.

Hacia el año 2000, con una mayor población, los hogares particulares, familiares y no familiares, habían crecido hasta cerca de 3.550.000 y, debido al gran aumento de los hogares unipersonales (15,5%), el de hogares familiares adquirió un peso algo menor (83,5%), como se puede ver en el cuadro 1.

---

#### Cuadro 1 aproximadamente aquí

---

En estos veinte años, como consecuencia de los cambios sociodemográficos reseñados y de la adopción de nuevos valores de vida, aumentaron notablemente los hogares unipersonales (en primer lugar, de mujeres de edad madura y, en segundo, de jóvenes varones, seguidos crecientemente por los de jóvenes mujeres) y los de familias monoparentales (sobre todo de madres, seguidos por los de padres con sus hijos). Estos últimos, los monoparentales, producto de las separaciones y divorcios, son los que más aumentaron: casi un 50% en las últimas dos décadas. Al mismo tiempo disminuyeron las familias extendidas y las compuestas, continuando la tendencia a la "nuclearización" de la familia. Esta se había iniciado en años anteriores con la valorización de la familia de procreación por encima de la de origen, la de la independencia respecto de los mayores y la del goce de un ámbito restringido y privado para la intimidad con el cónyuge y los hijos (ver cuadro 1).

Como dijimos en la Introducción a este capítulo, en lo que sigue nos concentraremos en un sector, el más numeroso por cierto, de los hogares familiares que residen en el AMBA: los formados por una pareja conyugal, con hijos, en los que al menos uno de los cónyuges (el varón) está en el mercado laboral, sea como ocupado o desocupado. Debido a nuestro interés en mirar a las relaciones entre familia y trabajo productivo, nos ocuparemos de los hogares con mujeres cónyuges en las edades más activas, entre 20 y 60 años de edad. Excluiremos de nuestra mirada a los monoparentales, en los que falta uno de los cónyuges, a los nucleares completos sin hijos, a aquéllos en los que conviven otros miembros parientes o no parientes (extendidos y compuestos), a los nucleares completos con hijos en los que la mujer cónyuge es activa y el varón cónyuge inactivo y, finalmente, a aquéllos en que ninguno de los dos cónyuges participa del mercado laboral, es decir,

son ambos económicamente inactivos. En suma, nos ocuparemos de la mitad de los hogares familiares.

## DEL MODELO DE UN PROVEEDOR VARON AL DE DOS PROVEEDORES

La transformación de la familia que examinaremos en este capítulo es la que involucra la disminución de la frecuencia del modelo de familia patriarcal tradicional, de "proveedor único (varón)", y la expansión del modelo de familia de "dos proveedores", en la que ambos cónyuges aportan su trabajo al sustento del hogar. El modelo de "proveedor único"<sup>6</sup> responde a una división rígida entre un esposo/padre aportador exclusivo del sustento económico y una esposa/madre aportadora exclusiva al mantenimiento del hogar y al cuidado de los hijos. Más que una realidad alcanzable por todos, era un ideal, valorado por la cultura pero sólo realizable por los sectores de mayor capacidad económica. Un ideal que no podía ser actuado por amplios sectores de entre los más carenciados, aunque también lo compartieran como aspiración. La capacidad de proveer económicamente al hogar se asociaba estrechamente con la masculinidad, dentro de un modelo claramente patriarcal en el que el hombre era la autoridad inapelable, para los hijos y también para la esposa. Este modelo prevaleció en nuestro país hasta hace no más de un par de décadas, y aún continua vigente (al menos en la mitología) entre algunos sectores de población cada vez más arrinconados por el cambio cultural. Los libros de lectura de la escuela primaria argentina, instrumentos de socialización formal e imposición cultural de las futuras generaciones de ciudadanos y ciudadanas, transmitieron este ideal de manera muy clara, sin cambio alguno, entre comienzos de 1900 y los primeros años de los 80. Así decían:

Las niñas juegan "a la mamá" y los niños "a los oficios", en el picnic ellas preparan una rica ensalada mientras ellos juntan ramitas para hacer fuego, ellas acunan a sus muñecas y ellos fabrican un barrilete y así, jugando, jugando, llegan a grandes. Y cuando se casan, ellas se quedan felices en casa cocinando, lavando, planchando, remendando ropa, esperando el regreso de ellos, que han salido contentos a buscar con su trabajo el sustento para la familia. Las que se quedan en casa tienen suerte, y por suerte son las más. Son pocas las que, además de cuidar de la casa y de los niños, han de salir a trabajar. Son las pobres viudas con hijos

---

<sup>6</sup> El modelo cristalizó en Estados Unidos de Norteamérica tras la revolución industrial y comenzó a resquebrajarse tras la Segunda Guerra Mundial (ver Bernard, 1981; Pleck, 1987).

pequeños, o las que son el único sostén de unos padres viejos. Ellas no salen contentas; con sus manos amoratadas por el frío lavan y planchan "para afuera" y el alba las encuentra, con los ojos enrojecidos y cansados de coser a la luz mortecina de una vela, inclinadas sobre la costura que han de entregar por la mañana. Estas desdichadas consiguen el pan, sí, pero con enorme sacrificio. El trabajo es para ellas la dolorosa respuesta a la extrema necesidad, para ellos, un derecho y un deber." (Wainerman y Heredia, 1999, p.21).

Llegados a los 90, algunos de los libros más modernizantes acusaron los cambios en los modelos ideales y en el comportamiento societal de manera radical.

Algunos ...han incorporado el concepto de género, uno que alude a las oportunidades diferentes que ha construido la sociedad para los seres humanos por el sólo hecho de haber nacido de uno u otro sexo, mujer o varón. Han incorporado modos de vivir en grupos familiares diversos, entre los cuales el modelo de mamá, papá y los dos hijos ha pasado a ser sólo uno de los modelos, el nuclear. En estos libros las mujeres adultas han hecho un cambio gigantesco. Tienen iniciativa, comparten con los varones características de racionalidad, inteligencia y coraje. Han salido masivamente a trabajar, aun cuando sean madres de hijos pequeños. Ya no son el hada buena, incansable, todopoderosa, comprensiva más allá de todo límite, que goza lavando los platos y limpiando la casa. Ahora son agentes de doble jornada, que han abierto su vida al mundo, a costa de muchas más exigencias. También los niños y las niñas han cambiado mucho. Participan de los mismos juegos y hasta de las mismas tareas hogareñas preanunciando una vida adulta en las que las oportunidades serán más similares para ambos. (Wainerman y Heredia, op. cit., p. 162).

En el AMBA, la aglomeración mayor y más moderna del país, los datos son muy elocuentes. Entre 1980 y 2000, entre los hogares nucleares completos, con hijos, con mujeres cónyuges de entre 20 y 60 años de edad, el modelo del "proveedor varón único" (esposo activo y esposa inactiva) perdió popularidad decreciendo en casi un tercio, desde 74,5% a 54,7%, en tanto el de "dos proveedores" aumentó más de tres cuartos, desde 25,5% hasta 45,3%. Aun cuando es cierto que el modelo de varón proveedor exclusivo sigue siendo el más popular, desde mediados de los 90 está compitiendo por ese lugar con el de los hogares en que ambos cónyuges concurren al mercado de trabajo. El movimiento fue continuo a lo largo de las casi dos décadas, aunque adquirió diferentes intensidades, en particular su ritmo fue más acelerado entre 1991 y 1993, entre la instalación del

Plan de Convertibilidad y la aparición de sus primeros resultados, cuando se interrumpió la generación de nuevos puestos de trabajo. El cambio implica una transformación social casi revolucionaria, una que pone en cuestión los valores establecidos acerca de la definición de los roles de género y de la división del trabajo extradoméstico. Sus consecuencias aún no se han evaluado en toda su magnitud.

El aumento de la desocupación hizo estragos en ambos tipos de hogares, los de uno y los de dos proveedores. Entre los primeros, entre los cuales la desocupación es sólo masculina, la del jefe único proveedor, se multiplicó ocho veces en las dos décadas, más aceleradamente entre 1991 y 1995 (de 1,0% a 4,4%), cuando el desempleo abierto trepó a la cifra de 20% nunca antes igualada. Entre los segundos, la frecuencia de hogares en los que uno de los dos está desocupado buscando trabajo ha crecido casi ininterrumpidamente nueve veces desde la instalación de la crisis, en 1980, cuando sólo era de 1,1%, hasta llegar en 2000 a 9,2%. Como se puede ver en el cuadro 2, este crecimiento, que se intensificó en el periodo 1993-1995, afectó más a las mujeres que a los varones que buscaron trabajo sin conseguirlo. En efecto, hacia 1995, los hogares de dos proveedores en los que la cónyuge mujer está desocupada más que duplican a aquéllos en los que es el varón el desocupado. Contra este telón de fondo, es digno de destacar el aumento de los hogares en los que la jefatura económica es femenina, es decir, en los que el cónyuge varón está desocupado, estos crecieron nueve veces entre 1980 y 2000 (de 0,4% a 3,5%).<sup>7</sup> Tenemos aquí una clara evidencia de que en los últimos veinte años las mujeres, saliendo a reemplazar los ingresos deteriorados de sus cónyuges, han tendido sostenidamente a crecer en poder económico en relación a sus cónyuges.

---

#### Cuadro 2 aproximadamente aquí

---

A pesar de que las cargas domésticas que acompañan las diversas etapas de la familia difieren, en las últimas dos décadas la expansión del modelo de dos proveedores y la contracción del del varón proveedor único afectó a los hogares en todas las etapas del ciclo familiar, sea en la de

---

<sup>7</sup> En el período, los hogares en los que la mujer cónyuge se convirtió en la proveedora única en la pareja (como ocupada o desocupada con su marido inactivo) se mantuvieron alrededor de 2%.

"formación", como en la de "expansión" o en la de "consolidación"<sup>8 9</sup>. Así lo indican tanto la edad de la mujer cónyuge, como el número de hijos que convive en el hogar, como la edad del hijo menor. Como puede verse en el cuadro 3, entre 1980 y 2000, en los hogares con cónyuges que son mujeres jóvenes -que no superan los 29 años de edad- la pauta de dos proveedores se expandió de 23,5% a 37,4% (59,1%), mientras en los de cónyuges de edades medianas (30 a 44 años) se expandió de 28,2% a 45,7% (62,1%), y en las edades mayores (45 a 60 años), de 22,4% a 48,3% (es decir, 115,6%).

---

### Cuadro 3 aproximadamente aquí

---

El modelo de dos proveedores se expandió en todas las familias nucleares completas también con independencia de las diferentes cargas que acompañan la presencia de distinto número de hijos en el hogar. Esto no significa que la presencia de hijos no retraiga de entrar al mercado de trabajo, y mantenga dentro del hogar a más mujeres de entre las que tienen hijos que entre las que no los tienen. Este efecto existe al punto que, como puede verse en el cuadro 3, a lo largo de todo el período, en el universo de los hogares nucleares con hijos, la pauta de dos proveedores es entre 12% y 21% más frecuente allí donde hay un sólo hijo que donde hay dos y más. Sin embargo, entre 1980 y 2000, el porcentaje de hogares de dos proveedores entre los que tienen sólo un hijo conviviendo aumentó de manera sistemática de 29,8% a 50,6% (69,8%), poco menos que entre los hogares con dos y más hijos (82,3%), de 23,7% a 43,2%, que eran y siguen siendo los más atados al modelo de hogar patriarcal del cónyuge varón proveedor.<sup>10</sup>

---

8 A lo largo de las dos décadas, entre 1980 y 2000, la edad promedio de las mujeres cónyuges de entre 20 y 60 años que viven en hogares nucleares completos, con hijos, aumentó de 38 a 40 años, consistentemente con la postergación de la edad del ingreso al matrimonio o unión. Por otro lado, la pauta de formación de parejas conyugales se ha mantenido casi inmutable: alcanzan a sólo alrededor de un cuarto aquéllas en las que las mujeres tienen igual edad que sus cónyuges (o un año más o menos), en tanto la pauta dominante es la de parejas en las que los varones tienen cinco o más años que sus esposas (cerca de un tercio).

9 La familia comienza su desarrollo en la etapa de "formación", cuando un hombre y una mujer comienzan a cohabitar y forman un hogar nuclear. El nacimiento del primer hijo marca el inicio de la etapa de "expansión" a la que le sigue la de "consolidación", que se extiende a lo largo del nacimiento y crianza de los hijos hasta que estos comienzan a dejar el hogar paterno marcando, con el "nido vacío", el inicio de la etapa de "disolución" del hogar de procreación, que encuentra nuevamente a la pareja sola, pero ahora en la edad madura. En esta investigación no se incluyeron familias en esta última etapa, en la que ya no hay hijos conviviendo. Ver la nota al pie 10.

10 Fuera del universo de los hogares nucleares con hijos, en el de los hogares nucleares **sin** hijos, la frecuencia de

Las demandas domésticas que derivan de la presencia de uno o más hijos en el hogar deben ser calificadas por sus edades. La mayor demanda ocurre en la niñez, antes del ingreso al sistema escolar, y disminuye a medida que los hijos crecen. Nuevamente encontramos que en el período 1980-2000, la pauta de dos proveedores, que supone la incorporación de las madres a la fuerza de trabajo, fue adoptada en hogares con un hijo menor en la niñez, que no supera los 5 años de edad, como en los que tienen un hijo de entre 6 y 12 años, o de 13 años o más. Pero, la expansión entre los últimos hogares fue mayor (106,6%) que entre los primeros (67,6%), como puede verse en el cuadro 3.

En suma, todos los hogares han ido adoptando la pauta de dos proveedores cualquiera sea la etapa del ciclo familiar indicada por la edad de la madre, por el número de hijos convivientes o por la edad del hijo menor. Sabemos poco acerca del efecto que pueda tener para los niños crecer en un hogar con una madre que sale a trabajar en comparación con tener madres de tiempo completo. Más allá de opiniones más o menos autorizadas y/o apasionadas, es poco el conocimiento de base científica que tenemos sobre la cuestión en nuestra sociedad. En Estados Unidos de Norteamérica, donde la investigación sobre el efecto del empleo materno sobre el desarrollo y el desempeño de los niños tiene una tradición de décadas, los resultados a los que se ha arribado son poco consistentes. Algunos concluyen que no tiene efecto alguno sobre el rendimiento escolar o sobre la adaptación general del niño o del adolescente; otros, que tiene algún efecto (Perry Jenkins; Repetti y Crouter, 2000). En nuestro país, a propósito de una investigación sobre la contribución de algunas características familiares sobre el desempeño de los niños en los primeros años de la escuela primaria, Babini (1996) concluye que "el trabajo materno no debería tomarse como antecedente del éxito escolar, puesto que las asociaciones no son por lo general significativas..." (p. 146).<sup>11</sup>

En la Argentina, como en muchos otros países, las mujeres que han alcanzado mayores niveles de educación tienen una propensión mayor a participar de la actividad económica que las que no lo han logrado. Esta propensión mayor, que evidentemente no obedece a satisfacer sólo

---

dobles proveedores es muchísimo mayor (seguramente debido a la ausencia de demandas filiales, ya que se trata mayoritariamente de hogares de mujeres adultas, en la etapa del "nido vacío", que, como vimos, pertenecen a los grupos de edad que más contribuyeron al aumento de la fuerza de trabajo). En estos hogares la frecuencia de dos proveedores casi duplicaba la que había en 1980 entre los hogares con un único hijo (43,3%), frecuencia que también siguió creciendo en los años siguientes.

11 La CEPAL, para la cual el clima educacional del hogar es un factor muy importante en el logro educacional de los niños, ha concluido (con discutible validez), a partir de varias investigaciones con datos provenientes de censos y de encuestas de hogares levantadas en América Latina, que el rendimiento escolar de los niños es menor en los hogares con jefatura económica femenina, especialmente en los estratos socioeconómicos bajos (CEPAL, 1993).

necesidades económicas, se explica en términos de valores, aspiraciones de vida que, entre otras, van junto con una tendencia a postergar la edad de formación de una familia, a dilatar el ingreso a la maternidad, y a tener un corto número de hijos, hechos que disminuyen las cargas domésticas que, como vimos, retraen a las mujeres de adicionar una segunda jornada de trabajo extradoméstico a su trabajo doméstico. Por otro lado, el hecho se ha explicado en términos del mayor costo de oportunidad que supone no salir a trabajar tras haber hecho la inversión que significan más años de educación. Lo dicho hasta aquí proviene de la perspectiva de la oferta. Desde la perspectiva de la demanda, por otra parte, abundan las evidencias que muestran que en el caso de las mujeres, no así de los varones, el mercado laboral recluta selectivamente a las más educadas. Esto explica que la frecuencia de la pauta de dos proveedores sea mucho mayor en los hogares cuyas cónyuges tienen educación superior y universitaria incompleta y completa que entre aquéllos en que las cónyuges tienen niveles bajos (primaria completa o menos) o medios (secundaria incompleta y completa).

A lo largo de las últimas dos décadas, con pocas excepciones, la popularidad de la pauta de dos proveedores se ha mantenido sustancialmente mayor entre los hogares de mujeres con nivel alto de educación que entre aquéllos con niveles bajo y medio. Ya en 1980, a comienzos de la crisis, la pauta había sido adoptada por más de la mitad de los hogares de las cónyuges más educadas (54,1%) mientras sólo por menos de un cuarto (20,5%) de los hogares de sus congéneres menos educadas. Esto significa que comparando los hogares con mujeres de menor y mayor nivel de educación, en 1980 por cada hogar de dos proveedores entre los primeros había dos y medio entre los segundos. Las diferencias disminuyeron con el correr de los años debido a la adopción de la pauta por más hogares de mujeres con menor educación, como puede verse en el cuadro 4. Es decir que los hogares de mujeres con alta educación lideraron el proceso de adopción del modelo y que los de las mujeres con menor educación los siguieron más tarde aunque a un ritmo más veloz, especialmente en el período 1991-1993.

---

#### Cuadro 4 aproximadamente aquí

---

Una tendencia similar, aunque no idéntica, tuvo lugar entre hogares pertenecientes a diferentes niveles económico sociales. Los hemos medido en términos del ingreso per capita

familiar, ordenado en términos de deciles según la sumatoria de los ingresos de todos los miembros del hogar dividida por el total de convivientes. Según esta clasificación, consideramos de nivel bajo a los hogares sin ingreso alguno más los ubicados entre el primero y el cuarto decil de ingresos; el nivel medio corresponde a hogares ubicados entre el quinto y el octavo decil de ingresos y, por último, a los más altos a aquéllos ubicados entre el noveno y el décimo decil. Dadas las dificultades de obtener información, y veraz, sobre los ingresos de las personas, no ha de sorprender la gran pérdida de datos (por falta de respuesta) a que da origen la indagación de esta variable. En la década que va de 1980 a 1991, los casos perdidos rondaron el cuarto de los hogares que nos interesaba; a partir de 1993 la captación de la información mejoró sensiblemente al punto de que las pérdidas rondan sólo el 10% por lo que los datos de la primera década deben ser tomados con cierta cautela.

Como surge de los datos resumidos en el cuadro 5, la extensión de la pauta de doble proveedor entre 1980 y 2000 fue máxima entre los hogares de los niveles socioeconómicos más alto (103,5%) y más bajo (89,4%) y, aunque más restringida, también de gran envergadura entre los de nivel medio (63,6%). A pesar de que la popularización de la pauta atravesó todos los sectores sociales, a lo largo de todo el período fue y sigue siempre más extendida entre los de nivel alto. Vale la pena destacar que la aceleración de la adopción de la pauta ocurrió en diferentes momentos, y seguramente como consecuencia de diversas razones. Los hogares que lideraron el cambio fueron los de nivel más alto, especialmente entre 1980 y 1985, al inicio de la crisis; los siguieron, hacia 1985-1991, los de nivel medio y, mucho más tardíamente, entre 1993 y 1995, los de nivel más bajo.

El capital cultural que se adquiere con la educación formal, aunque asociado con las posibilidades de acceso a distintos status ocupacionales y, consecuentemente, distintos niveles socioeconómicos, no guarda una relación perfecta.<sup>12</sup> Las razones son varias. En primer lugar, en el caso que nos ocupa, el nivel de educación aludido es el de las mujeres, en cambio el nivel socioeconómico imputado es el de todo el grupo familiar. Pero el nivel de educación de las

---

12 Como puede verse en el cuadro A del Anexo, la asociación entre nivel de educación de las mujeres cónyuges y el nivel económico social del hogar (medido en términos del ingreso per capita familiar) es mayor para hogares con mujeres de nivel de educación bajo, seguida por los hogares de nivel de educación alto, y menor para los de nivel de educación medio. Lo que es interesante es notar que, de manera creciente, la educación no asegura "caer" en bajos niveles de ingresos. En el año 2000, con un alto nivel de educación, el porcentaje de mujeres que vivían en hogares de nivel económico social medio (44,9%) era más numeroso que en 1980 (38,1%). Lo mismo ocurrió en los hogares con cónyuges mujeres de nivel de educación medio que aumentaron su presencia en hogares de nivel económico social bajo desde 31,5% en 1980 a 47,9% en 2000 y, de hecho, entre las de nivel de educación bajo. El hecho seguramente obedece a una combinación de razones entre las cuales cuentan el aumento del credencialismo (es decir, de demanda de más educación para ocupaciones que antes demandaban menos) en interacción con el efecto perverso de la desocupación extrema que lleva a muchos a ofertar su fuerza de trabajo para ocupaciones para las que están sobrecalificados.

mujeres no siempre es igual al de sus cónyuges varones ya que, como se verá en una sección posterior en este mismo capítulo, no todas las parejas conyugales tienden a formarse entre iguales en nivel de educación. Por otro lado, los ingresos de las mujeres, aún a igualdad de capital cultural, generalmente son inferiores a los de los varones (ver Berger, 1995). Finalmente, los ingresos per capita de la familia no sólo suman los de los cónyuges sino también los de todos los hijos, cuyos niveles de educación, ocupación e ingresos usualmente son menores a los de sus progenitores, al menos a los de los varones.

Por otra parte, aún cuando el nivel socioeconómico (medido en base a los ingresos) fuera el de las mujeres y no el de sus grupos familiares, como ha mostrado Sautu (1994, La Colmena), la asociación entre educación e ingresos derivados del ejercicio laboral está influida por el tipo de ocupación de que se trate. A partir de datos de una encuesta entre jefes de hogares relevada en 1992/93, Sautu encontró, por ejemplo, entre quienes se desempeñan como patronos y cuenta propia, puntajes promedio en la escala de ingresos siempre más altos que los correspondientes en la escala de educación, mientras encontró lo contrario entre los técnicos y profesionales, cuya inversión en educación apareció remunerada de manera menos justa. Es que el ingreso monetario por el desempeño de una ocupación puede ser la compensación por la posesión de capital, de conocimiento, o por el ejercicio de autoridad. El nivel de educación, dice Sautu, es un indicador de los conocimientos, aptitudes y capacidades. Si el retorno promedio en pesos por año de escolaridad es la retribución de este factor, las diferencias entre promedios indican la compensación por los otros dos factores, capital y autoridad. Lo dicho explica la similitud, más no identidad entre las tendencias a la adopción de la pauta de dos proveedores entre los hogares ordenados según el nivel de educación de la cónyuge y según el nivel de ingreso promedio de los hogares.

---

Cuadro 5 aproximadamente aquí

---

En suma, las familias nucleares con hijos residentes en el AMBA han sufrido una transformación radical alejándose del modelo de división del trabajo según género que fue el dominante durante décadas, y que respondía a una visión patriarcal. La adopción de un nuevo modelo, motorizada por el acelerado ingreso a la fuerza de trabajo de las mujeres, especialmente las

casadas y unidas con hijos, desde comienzos de los 80, ha dado lugar a la expansión de las familias en las que ya no es sólo el padre, sino ahora el padre y la madre quienes salen a trabajar. El cambio se ha producido por diversas razones, y en momentos y con ritmos diferentes, tanto en los sectores socioeconómicos bajos como en los medios y en los altos, tanto entre las mujeres con mayor como con menor nivel de educación formal, y tanto entre las familias de reciente como de antigua constitución, con sólo uno o con dos o más hijos, bebés recién nacidos, en la niñez, adolescencia, juventud o ya entrando en la vida adulta.

#### ACERCA DE LAS FUENTES DE PODER EN LA PAREJA CONYUGAL

Los cambios reseñados revelan una redefinición de la división del trabajo extradoméstico por género en las familias nucleares con cónyuges femeninas, en las etapas vitales más activas, que no sólo fueron producto de la crisis económica, sino también de cambios en los valores ligados a la femineidad y masculinidad, a la maternidad y paternidad, en el marco de un cambio de valores más básico acerca de la individualidad, la búsqueda de la realización personal, de las metas y los medios de búsqueda del bienestar individual por sobre el societal.

Es poco lo que sabemos acerca de lo que está ocurriendo en nuestro país en cuanto a la dinámica interna de estas familias que se han alejado del modelo ideal del hogar patriarcal de marido/progenitor único proveedor económico, más allá de algunas evidencias recogidas por Wainerman en otro capítulo de este mismo libro, además de en Wainerman (2000a y 2000b). Estas muestran que entre las familias del AMBA más y más mujeres han adoptado el doble rol (añadiendo el productivo al reproductivo), sin que los varones hayan hecho cambios de magnitud equivalente en lo doméstico. Dicho de otra manera, la redefinición del lugar de ellas en el afuera no ha sido acompañado hasta el momento por una redefinición equivalente del lugar de ellos en el adentro, lo que significa para las mujeres extenuantes jornadas de trabajo doméstico que se suman al extradoméstico. Sin embargo, en comparación con la generación de sus padres, los varones de hoy incrementaron su participación en las actividades hogareñas, pero de manera no pareja: han asumido más actividades ligadas a la paternidad (bañar y vestir a los niños, llevarlos al médico o asistir a las reuniones escolares para padres), no así a la domesticidad (cocinar, lavar y planchar o limpiar la casa). Es decir, la crianza de los hijos ha empezado a ser vista como una tarea a compartir, mientras el mantenimiento de la casa sigue a cargo casi exclusivo de las mujeres.

Esto es similar a lo que está ocurriendo en Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España y

otras sociedades que comenzaron a ser miradas por los científicos sociales desde hace dos décadas.<sup>13</sup> En todas ellas, sistemáticamente, se encuentra que las mujeres dedican muchas más horas en promedio que sus cónyuges al trabajo doméstico, aunque participen del mercado laboral a tiempo completo, como ellos.<sup>14</sup> Hochschild (1989) ha bautizado "revolución estancada" a este aumento de mujeres con "doble jornada" (laboral y doméstica) no acompañada por un aumento equivalente de la participación de los varones en la esfera doméstica.

Una de las dimensiones clave de la vida en familia, en especial en el ámbito de la interacción conyugal, es la que transita por las relaciones de poder. Estas se manifiestan en diversas esferas de decisiones, desde las cotidianas hasta las extraordinarias pasando por las ocasionales en relación a: la división del trabajo doméstico dentro del hogar -sea su ejecución concreta o la responsabilidad por planificar y controlar su ejecución por otros-, el manejo del presupuesto mensual, la escolaridad de los hijos, las pautas de crianza, de responsabilidad, sexualidad y reproducción, o a las decisiones sobre compras, mudanzas, reparaciones importantes, etc. Se trata, siguiendo a Max Weber, de la capacidad de los individuos en el marco de las relaciones conyugales de lograr su voluntad, incluso contra los deseos de los otros (McDonald, 1980). Lo que es casi lo mismo que decir que se refiere a "la habilidad o capacidad neta de los actores para producir o generar efectos o resultados deseados, especialmente en el comportamiento de los otros" (Szinovacz, 1987).

El ejercicio del poder puede conceptualizarse, si bien de modo no excluyente, desde la capacidad o habilidad individuales o desde la posesión de los recursos materiales y/o inmateriales que los actores ponen en juego en la relación para lograr sus objetivos. Este segundo punto de vista, que comparte una concepción relacional del poder, se asienta sobre la distribución de las bases del poder. Estas residen en los recursos que poseen los individuos para satisfacer las necesidades de los otros miembros de la unidad familiar. Se trata de los recursos económicos -ingresos, prestigio ocupacional, capital cultural adquirido mediante la escolaridad formal -centrales en la determinación de los niveles de consumo y estilos de vida y en la posición en la sociedad. Pero son sólo algunos de los recursos que se ponen en juego en la familia, en la que cuentan también, y muy centralmente, los

---

13 Ver, entre otros, Coltrane, 2000, quien revisa más de 200 trabajos académicos sobre el trabajo doméstico publicados entre 1989 y 1999; Dunn 1997; Durán, 1988; Hass, 1993; Hood, 1986; Morris, 1990; Ramos Torres, 1990; Salles y Tuirán, 1998; Szinovac, 1984; Warshovsky, 1988; Zhang y Falrey, 1995.

14 Por eso Blumberg (1989, p.9) dice que "el trabajo doméstico es el aspecto de la vida familiar más resistente a los cambios de las mujeres en la posición económica y en la fuerza de trabajo".

recursos afectivos y expresivos. Todos ellos son condicionados, modelados, por los contenidos normativos de la cultura relativos a lo que se espera de las mujeres y de los varones en la familia (“cambiar pañales no es cosa de varones”, “las madres de hijos pequeños no deben salir a trabajar”, “el hombre es quien debe establecer la autoridad en la familia”, etc.).

En lo que sigue nos acercaremos a examinar cuánto han cambiado en las últimas décadas las bases "objetivas" del poder en la pareja conyugal. No examinaremos el ejercicio del poder en la dinámica conyugal cotidiana <sup>15</sup> sino si la posesión de recursos vinculados al poder relacional en la pareja conyugal ha ido cambiando desde la instalación de la crisis a comienzos de los 80. Esto supone examinar en qué medida: 1) han disminuido las parejas en las que las mujeres tienen un capital cultural marcadamente menor que ellos y en cambio aumentaron aquéllas en las que ambos alcanzaron iguales niveles de escolaridad o, aún más, en las que ellas sobrepasan a sus cónyuges en años de escolaridad formal; 2) han disminuido las parejas de varón único o principal proveedor económico (varón activo y mujer inactiva), y en qué medida aumentaron las de ambos cónyuges proveedores y, aún más, mujer principal o única proveedora económica (ambos ocupados o mujer ocupada y varón desocupado); 3) han disminuido las parejas de ambos ocupados en las que el varón trabaja a tiempo completo y la mujer por poco o medio tiempo, y en qué medida aumentaron las parejas con igual dedicación de tiempo al trabajo extradoméstico y, más aún, aquéllas en las que las mujeres trabajan a tiempo completo y los varones a medio o menos de medio tiempo; y finalmente, 4) han disminuido las parejas de ambos cónyuges ocupados en las que el ingreso que ellas contribuyen no pasa de un mínimo casi simbólico de 10% a 15% de la suma de los ingresos de ambos y, en cambio, aumentaron las parejas de cónyuges que aportan por igual sus ingresos o, más aún, en las que ellas son las principales receptoras de ingresos.

#### Capital cultural relativo de los cónyuges

La expansión de la educación que ha ocurrido desde 1980 en el país ha beneficiado más a las mujeres. Este fenómeno, que tuvo alcance mundial, ocurrió también en un país que como la Argentina ha sido relativamente igualitario en el acceso de las mujeres y los varones al sistema educacional. En ese marco, la balanza que durante décadas se inclinaba algo en favor de los varones, en los últimos años lo ha hecho en favor de las mujeres. Así, en el total del país, hacia 1991, la

---

<sup>15</sup> Porque hacerlo demanda estudios especiales, vía entrevistas y/u observaciones de la dinámica familiar.

escolarización de las mujeres en el nivel primario se igualó a la de los varones (involucrando al 95,7% de ellas y de ellos; en el nivel secundario la de ellas los superó (61,9% vs. 56,6%), al igual que en el superior no universitario (11,2% vs. 4,3%) y en el superior universitario (14,4% vs. 13,4%) (Babini, 1994, p. 45).

Los datos comentados se refieren a la totalidad de la población. Entre el sector que integran las parejas conyugales en los hogares de dobles proveedores que estamos estudiando, en las que los dos están ocupados, ambos fenómenos se reiteran. Por un lado, tanto las mujeres como los varones aumentaron su escolaridad, como puede verse en el cuadro 6; por otro lado, la frecuencia de parejas en las que las mujeres superan en educación a sus cónyuges se expandió (cuadro 7).

En efecto, la frecuencia de mujeres cónyuges con educación universitaria o superior incompleta y completa creció 130,3% (de 17,5% a 40,3%), más de lo que disminuyó (55,5%) la de mujeres que no superaron el nivel de primaria completa (de 51,3% a 22,8%) entre 1980 y 2000. Las cifras respectivas para los varones fueron: 69,0% de crecimiento en los niveles superiores y 46,4% de decrecimiento en los inferiores. En cambio, en el nivel secundario incompleto y completo, la expansión de los varones superó a la de las mujeres, como se ve en el cuadro 6.

#### Cuadro 6 aproximadamente aquí

En este proceso, las mujeres devinieron crecientemente una población de mayor educación que sus cónyuges varones. Entre 1985 y 1991 las que habían alcanzado los niveles de educación más altos (universitaria o superior) superaron en número a los varones de igual nivel. Por el otro lado, a todo lo largo de las dos décadas la frecuencia de menos educados entre ellos (primaria completa y menos) superó a la de ellas.

A su vez, aunque el porcentaje de las parejas de igual educación se mantuvo alrededor del 40% al 48% en todo el período, el de aquéllas en las que las mujeres superan a sus cónyuges en escolaridad crecieron 13,1%, a expensas de la disminución de las parejas en las que ellas son menos educadas que ellos (27,0%). Como el mercado de trabajo recluta selectivamente a las mujeres (pero no a los varones) según su educación, prefiriendo a las más educadas<sup>16</sup>, no ha de sorprender que la

<sup>16</sup> En verdad se trata de la resultante entre factores de oferta (mayor propensión de las mujeres más educadas a participar de la fuerza de trabajo) y de demanda (mayores oportunidades de puestos que requieren mayor capacitación).

expansión de la escolaridad que en general benefició más a las mujeres que a los varones se vea acentuada entre los miembros de las parejas conyugales de doble proveedor, ambos con ocupación.<sup>17</sup> El hecho es que siendo las mujeres más educadas que los varones, al momento de ingresar al mercado matrimonial para formar pareja, es entendible que crecientemente lo hagan con hombres que no alcancen su misma educación, a riesgo de que un sector de entre ellas se quede sin encontrar pareja.

### Cuadro 7 aproximadamente aquí

Vale la pena destacar que la igualdad de educación de alrededor del 40% de las parejas conyugales no significa igualdad de nivel a todo lo largo del período, es una igualdad con niveles crecientes de escolaridad. Como muestra el cuadro 8, entre estas parejas, las de nivel superior casi se duplicaron (de 22,7% a 43,0%) al tiempo que las de nivel inferior disminuyeron a más de la mitad (de 59,6% a 26,8%).

En suma, el aumento de educación de las parejas conyugales que poseen similar capital cultural obedece más a la ganancia educacional que lograron las mujeres en el período, que a cambios en la propensión de la población de las y los más y menos educados a formar uniones de igual nivel educacional. Hay que tomar en cuenta que estamos mirando a personas que han encontrado empleo en el contexto de una situación económica crítica, con altos niveles de desempleo que, como ya dijimos, demanda más y más credenciales educacionales, y aún más de parte de las mujeres. En consecuencia, nuestros hallazgos obedecen a la acción simultánea de la expansión de la educación formal ocurrida en las últimas dos décadas -más entre las mujeres que entre los varones- sumada a la mayor demanda de capital cultural por parte del mercado laboral.

Las mujeres que eligen una pareja con su mismo nivel de educación formal tienen características, valores y concepciones diferentes de la femineidad, de la masculinidad, de la pareja y

<sup>17</sup> En efecto, los porcentajes de mujeres con educación universitaria y superior incompleta y completa entre las mujeres ocupadas en los hogares con ambos cónyuges ocupados más que duplican los que se encuentran entre la totalidad de los hogares de uno y dos proveedores (con mujeres activas e inactivas). Las cifras para 1980 son 17,5% vs. 7,8%; para 1985, 23,9% vs. 11,6%; para 1991, 26,4% vs. 15,3%; para 1993, 29,4% vs. 16,5%; para 1995, 38,0% vs. 16,7%; para 1997, 42,6% vs. 21,1%; y para 2000, 40,8% vs. 24,7%.

de la familia, que quienes eligen (o son elegidas por) una pareja con un nivel de educación menor o mayor que el propio. En el modelo patriarcal, del varón proveedor y la mujer ama de casa, pareja desigual en autoridad y poder, era esperable que el varón fuera quien tuviera más recursos, se tratara de educación, nivel socioeconómico, ocupación o ingresos. En el modelo democrático, igualitario, de la pareja basada en el amor romántico antes que en la conveniencia, en la que el amor es el fundamento de la unión, es esperable que exista similitud de estos recursos en ambos cónyuges, aunque diferencia en las habilidades para desempeñar los roles domésticos debido al distinto entrenamiento que reciben ellas y ellos desde la cuna. En el modelo postmoderno, en el que la atracción sexual en la pareja es no sólo aceptado sino también valorado, con mujeres que salen a trabajar, tengan o no hijos -sean bebés, niños o adolescentes-, con mujeres que se educan y en muchos casos más que los varones, con mujeres que participan en el mundo público de la política, de las organizaciones sindicales, ocupan cargos de máxima jerarquía en empresas, partidos políticos y gobierno, se puede esperar mayor fluidez, y en ocasiones hasta inversión en el desempeño de los roles domésticos y en la posesión de recursos respecto de lo que ocurría en el modelo patriarcal puro. Estos varios modelos coexisten actualmente, ninguno es hegemónico. Esto explica que las parejas de mujeres con más educación formal que sus cónyuges estén más extendidas en los hogares de dos proveedores, en los que ambos cónyuges han encontrado ocupación en el mercado de trabajo, que en aquéllos en que el varón es el único proveedor.

Tanto en uno como en el otro tipo de hogares, una mayoría relativa de alrededor del 40% al 45% forma parejas de igual nivel de educación. Esto ha sido así a todo lo largo de las últimas dos décadas. Pero entre las restantes parejas de un sólo cónyuge proveedor, son mayoría las formadas por mujeres menos educadas que sus cónyuges, lo contrario de lo que ocurre entre quienes integran hogares de dos proveedores. Año a año, a todo lo largo del período que se inicia en 1980, las parejas conyugales de mujeres más educadas que sus cónyuges son entre 20% y 60% más frecuentes en los hogares de dobles proveedores que entre los de un único proveedor varón.

---

Cuadro 8 aproximadamente aquí

---

En suma, ambas conductas, formar pareja con hombres de menor educación formal que ellas y estar en el mercado de trabajo, son parte de una concepción de vida diferente (¿postmoderna?) de la que participan quienes forman pareja con hombres de mayor educación formal, que son proveedores únicos del hogar, mientras ellas son amas de casa exclusivas. Además de que la diferente situación de poder interconyugal que viene con tener mayor capital cultural seguramente opera al momento de decidir si la mujer se incorpora o no al mercado de trabajo.

En las dos décadas transcurridas desde 1980, en cada fecha que examinamos, casi sin excepciones, la pauta de formar parejas con hombres a los que superan en educación es más popular entre las más jóvenes, las que no sobrepasan los 30 años de edad, que entre las de edad media y mayor. Como puede verse en el cuadro B del Anexo, esta pauta fue más acentuada a comienzos y mediados de los 80 que en los 90. La fecha coincide con la feminización acelerada de la matrícula universitaria. Entre las mujeres de 30 años y más, la mayoría estableció parejas con hombres de su mismo nivel de educación.

#### La actividad laboral de ambos cónyuges

Como ya dijimos en una sección anterior, en el período que se inicia en 1980, la masiva incorporación de las mujeres casadas y unidas al mundo del trabajo llevó casi a duplicar el número de hogares en los que las mujeres se unieron a sus compañeros en la actividad económica. Pero, como también dijimos, muchos de entre ellos y ellas fracasaron en su búsqueda de trabajo y fueron a engrosar el ejército de desocupados, situación de extrema gravedad en los hogares con hijos (ver cuadro 2). Aunque en cifras absolutas el número de los hogares en los que uno de los cónyuges permanece desocupado es pequeño, su aumento fue explosivo: nueve veces entre 1980 y finales de siglo. En esta situación, en un porcentaje considerable de hogares las mujeres vivieron la experiencia de ser ellas las únicas ocupadas de la pareja conyugal. El hecho se aceleró entre 1991 y 1995.

Los datos reseñados son indicadores de que no sólo muchas mujeres adquirieron la experiencia de salir a trabajar, sino que además hubo entre ellas quienes tuvieron la experiencia de reemplazar a sus cónyuges en el papel de sostén principal del presupuesto del hogar.

### ¿Cuánto tiempo trabaja cada cual?

Históricamente la mayoría de las mujeres, cuando han salido a trabajar, especialmente si casadas o unidas, y más aún con hijos, lo han hecho por pocas horas o a medio tiempo, restringidas por la necesidad de compatibilizar el trabajo doméstico con el extradoméstico. En los 90, junto con su masiva incorporación a la fuerza de trabajo, esta pauta se modificó<sup>18</sup>. Así, desde 1991 hasta 2000, entre un tercio y un 40% trabajaba menos de 29 horas semanales en todas sus ocupaciones; de ellas, cerca de un 20% no pasaba de las 19 horas semanales. La mayoría absoluta, que varió entre algo más de la mitad y los dos tercios, estaba ocupada a un laxo tiempo completo de 30 y más horas, pero de entre ellas eran mayoría las que trabajaban entre 30 y 45 horas. El panorama masculino es bien diferente. No llegan a 9% los que trabajan 29 horas o menos a la semana; la mayoría absoluta (más del 90% ) sobrepasa las 30 horas semanales y, de entre ellos, los que lo hacen por 46 horas y más superan a los que, como las mujeres, trabajan entre 30 y 45 horas. Dentro de este panorama general, es destacable que cerca de un 50% más de mujeres pasaron a trabajar a tiempo supercompleto (46 horas y más a la semana), a la vez que se triplicó el número de varones que integra el sector de la fuerza de trabajo que no supera las 29 horas laborales en todas sus ocupaciones.

---

### Cuadro 9 aproximadamente aquí

---

Lo dicho alude al comportamiento laboral de las mujeres y varones en tanto individuos. En cuanto miembros de parejas conyugales, en los 90 suman más de la mitad las parejas en las que ambos trabajan a tiempo completo. El cambio trascendental que se ha producido en la década es el aumento de parejas en las que no sólo las mujeres sino también sus cónyuges trabajan a tiempo parcial, modalidad que creció cuatro veces (de 1,2% a 4,8%) entre 1980 y 1999, y el de aquéllas en las que las mujeres lo hacen a tiempo completo y ellos a tiempo parcial, invirtiendo la pauta

---

<sup>18</sup> No disponemos de información sobre el tiempo de trabajo anterior a 1990.

dominante. Este último tipo de arreglo laboral creció casi cuatro veces, desde 1,4% a 5,3%, de manera más acelerada entre 1991 y 1993.

---

#### Cuadro 10 aproximadamente aquí

---

Los cambios ocurridos no han modificado el hecho de que el tránsito por las diferentes etapas del ciclo familiar no afecta sustancialmente el comportamiento laboral de los varones pero sí el de las mujeres. Que para ellas el trabajo extradoméstico es un "segundo turno"<sup>19</sup> que deben articular con las demandas domésticas lo demuestra que el número de las que trabajan a tiempo completo aumenta a medida que el hijo menor crece en edad, y consiguientemente, disminuye en exigencias domésticas. Así, a todo lo largo de la década es visible que entre las mujeres que tienen al menos un hijo que no supera los cinco años de edad, es decir, en la etapa de mayor demanda de cuidados y atención, proporcionalmente son más las que trabajan a tiempo parcial que entre las madres cuyo hijo menor está en edad escolar (de 6 a 12 años), o tiene ya 13 años de edad o más. Esto no ocurre entre los varones la mayoría de ellos sigue trabajando a tiempo completo cualquiera sea la edad de sus hijos.

En otras palabras, son más las mujeres que entraron al mercado de trabajo, más las que trabajan a tiempo completo, más las que contribuyen un tiempo de trabajo mayor que el de sus cónyuges al tiempo de trabajo extradoméstico de la pareja, casi cualquiera sea la etapa del ciclo familiar que atraviesen, sea en la de "formación", la de "expansión", o la de "consolidación". Estos cambios de ellas no han sido acompañados por equivalentes en sus cónyuges cuya conducta laboral se muestra independiente de las demandas diversas del ciclo familiar que atraviesen. De todas maneras, los datos muestran hasta qué punto las mujeres se mantienen trabajando a tiempo completo aun con hijos muy pequeños, es decir, hasta qué punto han adquirido un comportamiento que se está asemejando al de sus cónyuges masculinos.

---

#### Cuadro 11 aproximadamente aquí

---

---

<sup>19</sup> Término acuñado por Hochschild (1989).

Una cuestión más ligada directamente a los recursos que se relacionan con el poder en la pareja tiene que ver con la porción que contribuyen las esposas y los esposos al tiempo de trabajo que ambos ocupan en todas sus actividades generadoras de ingresos. Se trata de una cuestión íntimamente articulada con el tiempo disponible para el trabajo doméstico, y el del ocio, además de con los ingresos que aporta cada cual al presupuesto familiar.

Son mayoría las parejas en las que este tiempo se reparte por igual, algo más del 50%. Y esto es así en todas las etapas del ciclo familiar, como lo muestra el comportamiento de las parejas en la etapa de "formación", de "expansión" o de "consolidación", indicadas por las edades de las madres, así como por la edad del hijo menor en el hogar.

El hallazgo es particularmente interesante por su relación con un argumento esgrimido con frecuencia por los hombres para justificar su escasa participación en las actividades del hogar: la disponibilidad de tiempo. Apoyándose en el argumento de que trabajan muchas más horas en actividades extradomésticas que sus esposas, encuentran equitativo que ellas dediquen mucho más tiempo que ellos a las actividades domésticas. Este argumento, que parece reiteradamente en los estudios sobre la división conyugal del trabajo doméstico llevados a cabo en sociedades tan diferentes como la norteamericana, francesa, inglesa, española o mexicana, también lo encontramos en un corto número de parejas de dos proveedores, de sectores medios, con altos niveles de educación, residentes en Buenos Aires (cf. el capítulo de Wainerman en esta misma obra). A juzgar por los datos mencionados con anterioridad, el argumento no es válido para al menos la mitad de las parejas de los hogares nucleares completos en los que ambos cónyuges están ocupados.

#### Ingresos relativos de los cónyuges

En el período 1980-1991, la mayoría de los hogares con ambos cónyuges ocupados se ha organizado de tal modo que son los varones quienes hacen el mayor aporte a los ingresos que generan ambos por su trabajo extradoméstico. Sólo alcanzan a alrededor de un tercio los hogares en que ambos hacen aportes aproximadamente iguales y es muy escasa la frecuencia de los que contrarían fuertemente el modelo de varón proveedor exclusivo. En este último caso no sobrepasan del 12% las parejas en las que ellas hacen el aporte mayoritario (60% y más).

Aunque la tendencia es similar a lo largo de las dos décadas, ha habido un cambio sustancial que reside en que el último tipo de parejas conyugales, en las que las mujeres son las principales

proveedoras económicas, más que se duplicó. Si bien se trata de frecuencias muy pequeñas, el hecho es que consistentemente, casi sin excepción, estos hogares crecieron a lo largo de todos los años, pasando de 4,6% a 10,9%. Esto ocurrió a expensas de la disminución de hogares que siguen la pauta más tradicional del varón principal proveedor económico. El momento de mayor cambio es el período 1991-1993.

---

#### Cuadro 12 aproximadamente aquí

---

El modelo de mujer principal (si bien no exclusiva), proveedora, se expandió entre las mujeres de todas las edades, pero con mayor intensidad entre las jóvenes (hasta 29 años de edad), seguidas por las mayores (45 a 60 años). Estas últimas forman parte del sector de las mujeres que más contribuyeron al crecimiento de la fuerza de trabajo desde los 80. Sus edades coinciden con las de los jefes de hogar más afectados por la desocupación. Estos hogares encabezados por mujeres prácticamente se triplicaron, de 4,2% en 1980 a 11,0% en 2000, mientras que los de sus pares más jóvenes (hasta 29 años de edad), en hogares en formación, se quintuplicaron.

---

#### Cuadro 13 aproximadamente aquí

---

Desde el punto de vista de las características socioeconómicas, los sectores en los que las cónyuges mujeres asumieron con mayor frecuencia el liderazgo económico de la pareja son los bajos y los medios. Entre los primeros, en las dos décadas se multiplicaron por siete, de 2,4% a 16,8%; entre los segundos, se triplicaron (de 3,4% a 11,7%). En los sectores altos la tendencia fue a la estabilidad. Estos cambios modificaron radicalmente el panorama. Mientras al comienzo del período la mayor frecuencia de parejas en las que son las mujeres quienes hacen el mayor aporte económico ocurría entre los sectores altos, al final del período este lugar lo ocupan los sectores más bajos, aquéllos en los que los jefes de hogar masculinos fueron más afectados por la desocupación.

La misma pauta se corrobora entre las mujeres con diversos niveles de educación. Son los hogares de mujeres que no superaron la escolaridad primaria, que mayoritariamente pertenecen a hogares de nivel socioeconómico más bajo, aquéllos en los es más frecuente que las mujeres hagan una contribución monetaria que supera a la de sus cónyuges varones. Entre 1980 y 2000 estos hogares crecieron casi cuatro veces. Las mujeres que accedieron al nivel de escolaridad secundario, lo hayan completado o no, le siguen en esta tendencia duplicándose y, en último lugar se ubican los hogares de mujeres con los más altos niveles de educación.

En suma, un sector creciente de mujeres, desde la instalación de la crisis, se convirtieron en jefas económicas en la pareja conyugal. La mayor aceleración de este proceso tuvo lugar entre 1991 y 1993. Las más afectadas por el cambio del modelo patriarcal tradicional fueron las de las edades extremas (hasta 29 años y entre 45 y 60 años), las de menor nivel de educación y, sobre todo, las de los hogares de nivel económico social más bajo.

Todo indica que a lo largo de las décadas que inaugura el comienzo de los 80, entre las familias nucleares con hijos, con residencia en el AMBA y ambos cónyuges ocupados, las mujeres han ido ganando posiciones en las fuentes potenciales de poder en términos de los recursos derivados del capital cultural, de la actividad laboral, de los ingresos y del tiempo que contribuyen en la pareja conyugal al sostenimiento económico del hogar.

No sólo ha crecido el número de las más educadas, de las que ingresaron al mercado laboral, de las que trabajan a tiempo completo y de las que aportan ingresos al presupuesto familiar, sino que, además, un sector creciente entre ellas tiene mayor nivel de educación que sus cónyuges, mantienen su ocupación frente a un cónyuge desocupado, dedican más tiempo y generan más ingresos relativos que sus cónyuges ocupados. Aunque estas transformaciones afectaron a todas las parejas, fueron más agudas entre los hogares de los sectores más carenciados, sea en términos de ingreso per cápita del hogar, o del escaso capital cultural alcanzado por la cónyuge mujer.

## CONCLUSIONES Y CONSIDERACIONES FINALES

La mirada que echamos sobre las últimas dos décadas de la vida de los hogares formados por ambos cónyuges y sus hijos con residencia en el AMBA revela un cambio en la ancestral

inequidad genérica.<sup>20</sup> El modelo patriarcal que marcaba el dominio masculino y la desventaja femenina en cuanto al acceso a los valores de la sociedad está quedando atrás. Más mujeres han logrado creciente acceso a la oportunidad de educarse y capacitarse y a tener acceso al mundo del trabajo y a los bienes materiales que permiten adquirir. Así lo muestra el aumento de los hogares en los que las mujeres han salido a trabajar a la par de sus maridos, conformando hogares de dos proveedores en todos los niveles económicosociales, atravesando todas las etapas del ciclo familiar, en las de formación, expansión y consolidación, con hijos pequeños, jóvenes o adolescentes. Pero también lo muestra el aumento de las parejas en las que las mujeres han alcanzado igual (y creciente en las últimas décadas) nivel de educación, oportunidad de incorporarse a la actividad económica, dedicación en horas al trabajo productivo, contribución de ingresos al presupuesto familiar que sus cónyuges, cuando no más que ellos.

No hay que soslayar el hecho de que esta verdadera revolución de las pautas conyugales se ha dado en una situación de crisis económica extrema, desocupación, empobrecimiento de la población y deterioro de las condiciones generales de vida. Y en esto también aumentó la equidad de género, una equidad no deseada, en la desocupación, en el trabajo a tiempo parcial, flexible, desprotegido y por remuneraciones escasas.

A lo largo de estas páginas hemos mantenido la mirada en el nivel macrosocial, el de las condiciones que ponen límites objetivos a las relaciones de poder en la sociedad. Pero estas condiciones tienen efectos en el nivel microsociales, el de las relaciones familiares. No hemos incursionado en la inequidad genérica en el interior de la familia, en las relaciones entre los miembros de la pareja conyugal.

Mientras las mujeres tienen un menor capital cultural que sus cónyuges, mientras dependen económicamente de ellos, los hombres detentan un poder superior y éste, entre otras cosas, contribuye a mantener la responsabilidad de las mujeres por las tareas domésticas y el cuidado de los hijos, cualquiera sea la involucración de ellas en el mundo del trabajo extradoméstico. El peligro de que se dé una "revolución estancada" (paradójicamente favorecida por la aumentada equidad genérica afuera) que no sólo perpetúe sino que ahonde la inequidad genérica en el adentro debe ser advertido y controlado. El "doble turno" en que han quedado atrapadas más y más mujeres madres, con hijos y con todas las demandas domésticas que ocasiona llevar adelante una familia, requiere una reformulación de la división por las responsabilidades del trabajo doméstico entre ambos

---

20 Chafetz (1991) denomina "estratificación genérica" al grado en que los miembros de una sociedad son desiguales en

cónyuges, mujeres y varones. Las consecuencias de que esta "revolución" no se complete no sólo la sufren las mujeres, también los hijos y los esposos, y las relaciones entre todos los miembros del grupo familiar.

La Argentina suscribió el Plan de Acción formulado en ocasión de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo que se celebró en El Cairo, en 1994. El Plan marca el programa de objetivos a lograr y de acciones a seguir en materia de población en el futuro que se avecina. Junto a más de 180 países, se comprometió a cumplir una agenda en la que la igualdad de los géneros, la equidad y la protección de las mujeres en el contexto del desarrollo económico sustentable, es un objetivo prioritario. Refrendada en ocasión de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer celebrada en 1995 en Beijing, la agenda marcará el rumbo de todos los países de la Tierra durante el siglo XXI.

En el capítulo del Plan titulado "Igualdad y equidad entre los sexos y habilitación de la mujer"<sup>21</sup> se estableció la necesidad de que hombres y mujeres participen e intervengan por igual en la vida productiva y reproductiva. Aquí se incluye la división de las responsabilidades en cuanto a la crianza de los hijos y el mantenimiento del hogar. Para ello se diseñaron diversas medidas. Entre ellas,

Insistir en la responsabilidad de los hombres respecto de la crianza de los hijos y los quehaceres domésticos. Tomar medidas para reducir la carga cotidiana de las responsabilidades domésticas, que en su mayor parte recaen sobre la mujer.

Por ello, en la sección dedicada a las "Responsabilidades y participación del hombre", se acordó que

Los gobiernos deben promover y alentar la participación del hombre y la mujer en pie de igualdad en todas las esferas de la vida familiar y en las responsabilidades domésticas, incluida la planificación de la familia, la crianza de los hijos y las labores domésticas.

Como lo sugiere el documento, en la medida en que la tensión entre trabajo y familia atraviesa cada vez a más hogares e impacta profundamente en el bienestar de mujeres y de niños, está lejos de ser una cuestión estrictamente privada. En este sentido, las propuestas formuladas en El Cairo obligan a volver la mirada sobre las políticas públicas, sobre todo en países en los que, como

---

su acceso a los escasos valores de su sociedad sobre la base de su pertenencia a una categoría de género.

21 El Programa de Acción adoptado en la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, celebrada en El Cairo, en Septiembre de 1994, está contenido en Naciones Unidas, 1995.

el nuestro, la "doble jornada" de las mujeres se suma a otras derivadas de las consecuencias regresivas del ajuste.

## BIBLIOGRAFIA

Babini, A.M. Eichelbaum de "La educación argentina en 1990", en Gibaja, R.E. y A.M. Eichelbaum de (comps.) *La educación en la Argentina*, Buenos Aires: La Colmena, 1994.

Babini, A.M.Eichelbaum de "La villa miseria y la escuela en Buenos Aires. El medio familiar y el éxito escolar", en Sautu, R. y A.M.Eichelbaum de Babini, *Los pobres y la escuela*, Buenos Aires: La Colmena, 1996.

Beccaria, L. y N. López "Notas sobre el comportamiento del mercado de trabajo urbano", en Beccaria, L. y N. López, *Sin trabajo*, Buenos Aires: UNICEF/Losada, 1996.

Berger, S. *Mujeres en sus puestos*, Buenos Aires: FLACSO, 1995.

Barnard, J. "The good provider role: Its rise and fall", *American Anthropologist*, 36, 1, 1981.

Canitrot, A. "Presentación General", en Mo. de Trabajo y Seguridad Social, *El libro blanco del empleo en la Argentina*, Buenos Aires: MTSS, 1995.

CEPAL, *Cambios en el perfil de las familias*, Sgo. de Chile: UN, 1993.

Cerrutti, M. "Economic reform, structural adjustment and female labor force participation in Buenos Aires, Argentina", *World Development*, Vol. 28, No. 5, 2000, pp. 879-891.

Chafetz, J. S. "The gender division of labor and the reproduction of female disadvantage", en Blumberg, R.L. (comp.) *Gender, Family and Economy. The Triple Overlap*, Newbury Park: Sage Publications, 1991.

Geldstein, R.N. "Las nuevas familias en los sectores populares", en Wainerman, C.H. (comp.) *Vivir en familia*, Buenos Aires: UNICEF/Losada, 1994.

Gershunoff, P. y J .C.Torre "La política de la liberalización económica en la administración de Menem", *Desarrollo Económico*, No. 153, Vol. 36, 1996.

Giusti, A.; G. Gómez Rojas; C. Rodríguez Gauna y M. Cucca "Las tasas de actividad en el censo de 1991: apariencia y realidad", *Estudios del Trabajo*, No. 8/9, 1995.

Kritz, E. "Para terminar con el desempleo", *Diario La Nación*, Suplemento Económico, 25.7.99.

McDonald, G.W. "Family power: The assessment of a decade of theory and research, 1970-1979", *Journal of Marriage and the Family*, November 1980.

Marshall, A. "State intervention, the labour market and inequality in Argentina", en A. Berry, *Poverty, economic reform and income distribution in Latin America*, Boulder, Co.: Lynne Rienner, 1998.

Monza, A. "La situación ocupacional argentina. Diagnóstico y perspectivas", en Minujín, A., *Desigualdad y exclusión*, Buenos Aires: UNICEF/Losada, 1993.

Monza, A. "Situación actual y perspectivas del mercado de trabajo en la Argentina", en Mo. de Trabajo y Seguridad Social, op. cit., 1995.

Monza, A. "Evolución reciente y perspectivas del mercado de trabajo en la Argentina", *Diagnóstico y perspectivas*, Año 3, No. 5, 1996.

Monza, A. "La experiencia indica que la flexibilización no crea empleo", *Diario La Nación*, Suplemento Enfoques, 22.8.99.

Oliveira, O. de "Familia y relaciones de género en México", en Schmukler, B. (comp.), op. cit.

Palermo, A.I. "La educación universitaria de la mujer. Entre las reivindicaciones y las realizaciones", *Revista Alternativas*, (U. de San Luis), Año III, N° 3, 2000.

Perry Jenkins, M.; R.L. Repetti y A.C.Crouter "Work and family in the 1990s", *Journal of Marriage and the Family*, 62, November 2000.

Pleck, J.H. "American fathering in historical perspective", en M.S.Kimmel (ed.), *Changing men: New directions of research on men and masculinity*, Newbury Park: CA Sage, 1987.

Recchini de Lattes, Z. "La participación económica femenina en al Argentina desde la segunda posguerra hasta 1970", *Cuadernos del CENEP*, No. 11, Buenos Aires: Centro de Estudios de Población, 1980.

Salles, V. y R. Tuirán "Cambios demográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México", en Schmukler, op.cit.

Sautu, R. "Reestructuración y empleo en Buenos Aires", *Estudios del Trabajo*, No. 14, 1997.

Sautu, R. "Marketización y feminización del mercado de trabajo: perspectivas macro y microsociales", *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 15, No. 1, Enero-Abril, 2000.

Schmukler, B. (comp.) *Familia y relaciones de género en transformación*, México: The Population Council/Edamex, 1998.

Suárez, A.L. "Exclusión e ingresos en el GBA", *Estudios del Trabajo*, No. 15, 1998.

Szinovacz, M. "Family power", en Sussman y Steinmetz (eds.) *Handbook of Marriage and the Family*, New York: Plenum Press, 1987.

Valle, H. "Situación actual del empleo y los ingresos", en Lindenboim, J. (comp.) *El desafío del empleo a finales del siglo XX*, Buenos Aires: Cuadernos del CEPED, 1998.

Wainerman, C.H. "Educación, familia y participación económica femenina", *Desarrollo Económico*, No. 72, Vol. 18, 1979.

Wainerman, C. y R.N. Geldstein "Viviendo en familia; ayer y hoy", en C.H.Wainerman (comp.) *Vivir en familia*, Buenos Aires: UNICEF/Losada, 1994.

Wainerman, C.H. y A. Giusti "Crecimiento real o aparente? La fuerza de trabajo en la Argentina en la última década", *Desarrollo Económico*, No. 135, Vol. 34, 1994.

Wainerman, C. "De Nairobi a Pekin: las mujeres y el trabajo en la Argentina", *Sociedad*, Vol. 6, 1995.

Wainerman, C. y M. Heredia *¿Mamá amasa la masa? Cien años en los libros de lectura de la escuela primaria*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1999.

Wainerman, C. "División del trabajo en familias de dos proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones", *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 15, No. 1, 2000.

Gráfico 1  
 Argentina, 1960-1980. Tasas de actividad económica  
 por grupos de edad y sexo. (En %)

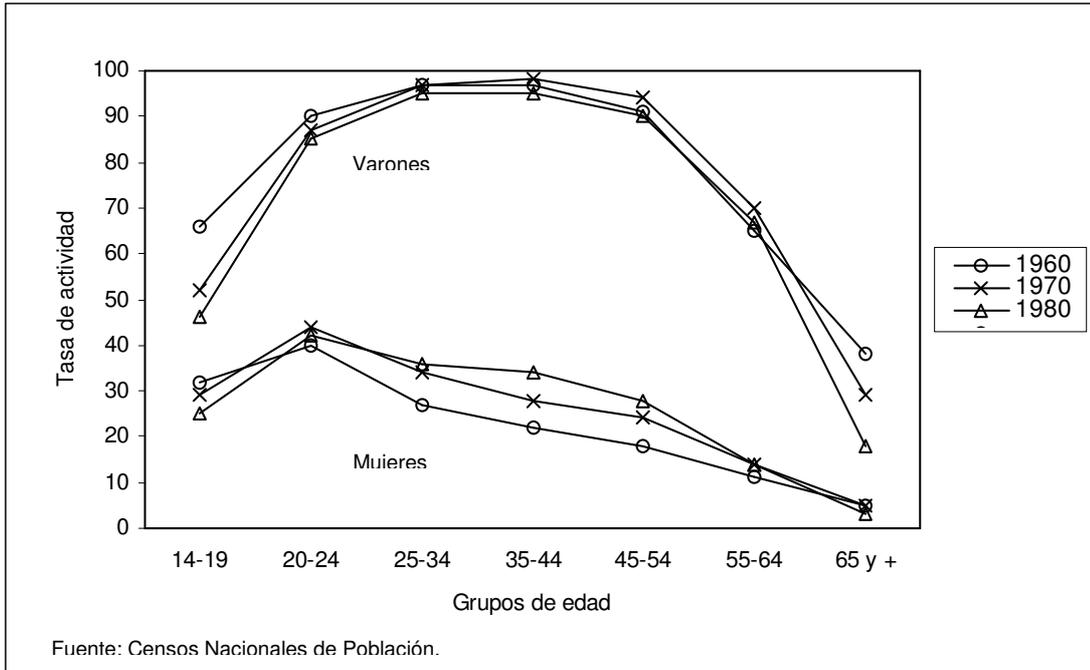
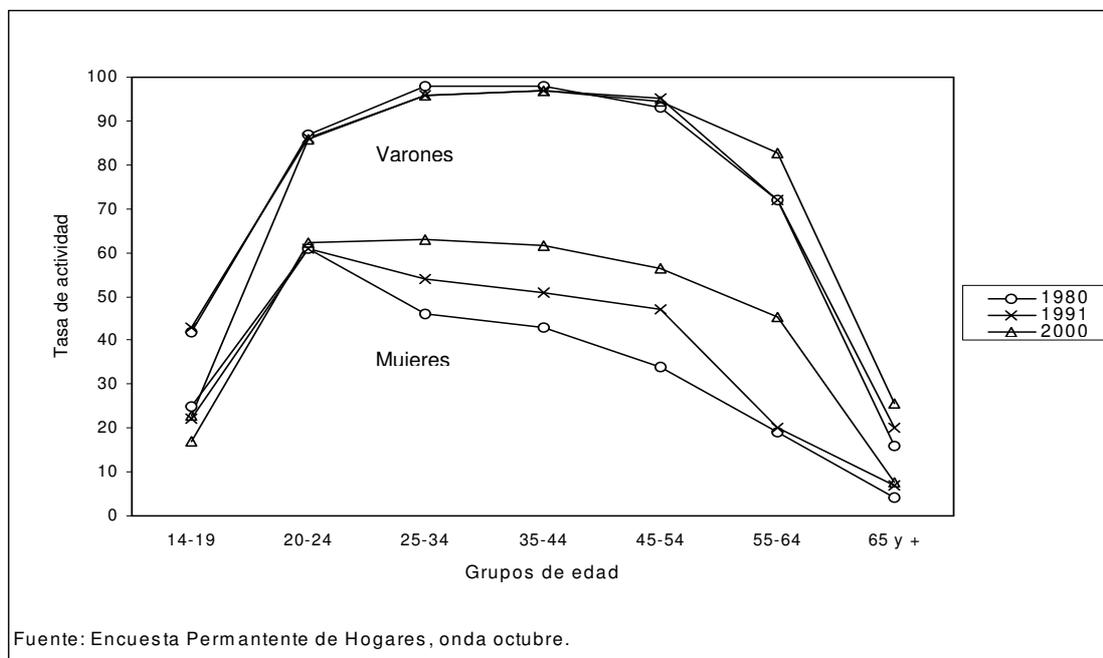


Gráfico 2  
AMBA, 1980-2000. Tasas de actividad económica  
por grupos de edad y sexo (En %)



Cuadro 1  
AMBA. Hogares según tipo, 1980-2000. (En %)

Tipo de hogares familiares y no familiares	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
<b>Familiares</b>	<b>88,9</b>	<b>87,9</b>	<b>86,0</b>	<b>86,6</b>	<b>83,8</b>	<b>83,7</b>	<b>83,5</b>
	(2447520)	(2594953)	(2811969)	(2939946)	(2864031)	(2946737)	(2969448)
Nucleares completos + incompletos	67,1	70,1	68,7	69,6	66,9	65,9	66,1
Extendidos	20,6	17,2	16,1	16,4	16,5	17,2	16,9
Compuestos	1,2	0,6	1,2	0,6	0,4	0,6	0,5
<b>No familiares</b>	<b>11,1</b>	<b>12,1</b>	<b>14,0</b>	<b>13,4</b>	<b>16,2</b>	<b>16,3</b>	<b>16,5</b>
	(306572)	(358731)	(459904)	(455832)	(556269)	(574080)	(584841)
Unipersonales	10,3	11,4	13,2	12,6	15,6	15,7	15,5
Multipersonales	0,8	0,7	0,8	0,8	0,6	0,6	1,0
<b>Tipo de hogares familiares</b>	<b>(2447520)</b>	<b>(2594953)</b>	<b>(2811969)</b>	<b>(2939946)</b>	<b>(2864031)</b>	<b>(2946737)</b>	<b>(2969448)</b>
Nuclear incompleto con hijos (monoparental)	6,7	7,5	8,9	9,1	10,4	10,9	12,2
<b>Nuclear completo con hijos</b>	<b>49,9</b>	<b>53,3</b>	<b>53,0</b>	<b>52,6</b>	<b>51,5</b>	<b>49,2</b>	<b>50,0</b>
Nuclear completo sin hijos	18,8	19,0	18,0	18,6	17,9	18,6	17,0
Extendido con núcleo completo, con y sin hijos	14,8	11,2	11,0	11,1	11,0	10,4	10,7
Extendido con núcleo incompleto, con y sin hijos	8,4	8,3	7,7	7,9	8,7	10,1	9,5
Compuesto (con núcleo completo e incompleto, con y sin hijos)	1,4	0,7	1,4	0,7	0,5	0,8	0,6

#### REFERENCIAS

##### Hogares familiares

Nuclear incompleto con hijos (monoparental): jefe/a de hogar + hijos/as.

Nuclear completo con hijos: jefe/a de hogar + cónyuge + hijos/as.

Nuclear completo sin hijos: jefe/a de hogar + cónyuge.

Extendido con núcleo completo, con y sin hijos: jefe/a de hogar + cónyuge + 0 o más hijos/as + otros parientes.

Extendido sin núcleo completo, con y sin hijos: jefe/a de hogar + 0 o más hijos/as + otros parientes.

Compuesto: jefe/a de hogar y cónyuge + jefe/a de hogar sin cónyuge + otros no parientes + con o sin otros parientes.

##### Hogares no familiares

Unipersonal: una sola persona.

Multipersonal: jefe/a + otros no parientes.

Cuadro 2  
AMBA. Hogares según número de proveedores  
por condición de actividad y de ocupación, 1980-2000. (En %)

Nº de proveedores y condición de actividad y de ocupación	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
<b>Un proveedor (varón)</b>	<b>74,5</b>	<b>68,9</b>	<b>63,2</b>	<b>58,5</b>	<b>55,1</b>	<b>55,5</b>	<b>54,7</b>
Varón ocupado, mujer Inactiva	74,1	67,3	62,2	55,9	50,7	51,1	51,0
Varón desocupado, mujer inactiva	0,4	1,6	1,0	2,6	4,4	4,4	3,7
<b>Dos proveedores</b>	<b>25,5</b>	<b>31,1</b>	<b>36,8</b>	<b>41,5</b>	<b>44,9</b>	<b>44,5</b>	<b>45,3</b>
Varón ocupado, mujer Ocupada	24,4	29,1	34,0	35,0	31,3	34,2	35,2
Varón ocupado, mujer Desocupada	0,7	0,7	1,2	4,1	8,1	5,7	5,7
Varón desocupado, mujer Ocupada	0,4	1,2	1,6	2,1	3,8	3,5	3,5
Varón desocupado, mujer Desocupada	-	0,1	-	0,3	1,7	1,1	0,9
<b>Total</b>	<b>1069141</b>	<b>1204106</b>	<b>1324629</b>	<b>1375535</b>	<b>1307715</b>	<b>1292646</b>	<b>1320576</b>

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con uno (varón) y dos cónyuges activos, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Cuadro 3  
 AMBA. Hogares de dos proveedores según etapa del ciclo familiar  
 (edad mujer cónyuge, número y edad de los hijos), 1980-2000. (En %)

Etapa del ciclo familiar según varios indicadores	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
<b>Edad de la mujer</b>							
Hasta 29 años	23,5	24,0	33,7	25,3	39,4	32,4	37,4
30 a 44 años	28,2	33,6	38,9	43,8	49,8	48,1	45,7
45 a 60 años	22,4	30,7	34,6	46,5	39,9	45,9	48,3
Total	272723	374412	487572	570769	587058	575656	597987
<b>Nro. de hijos</b>							
Un hijo	29,8	34,4	37,5	42,2	50,6	48,8	50,6
Dos y más	23,7	29,9	36,6	41,2	42,6	43,0	43,2
Total	272723	374412	487572	570769	587058	575656	597987
<b>Edad de los hijos</b>							
Hasta 5 años	24,4	28,1	33,1	33,9	42,9	37,3	40,9
6 a 12 años	30,7	36,6	43,7	45,6	50,2	51,4	50,4
13 y más años	22,8	29,9	35,7	48,5	43,1	47,8	47,1
Total	272723	374412	487572	570769	587058	575656	597987

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con uno (varón) y dos cónyuges activos, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Nota: el porcentaje fue calculado para cada grupo de edad de la mujer, número de hijos y edad de los hijos. Ejemplo: el 23,5% de las mujeres hasta 29 años de edad viven en hogares de dos proveedores.

Cuadro 4  
AMBA. Hogares de dos proveedores según nivel de educación  
de la mujer cónyuge, 1980-2000. (En %)

Nivel educación mujer cónyuge	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
Bajo	20,5	23,0	28,9	35,2	37,6	36,8	35,3
Medio	24,8	32,4	36,9	38,0	43,2	38,3	43,0
Alto	54,1	60,4	61,2	66,6	67,5	70,4	63,3
Total	257580	357223	484387	570769	587058	575656	597987

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con uno (varón) y dos cónyuges activos, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Nota: el porcentaje fue calculado para cada grupo de nivel de educación. Ejemplo: el 20,5% de las mujeres con nivel de educación bajo viven en hogares de dos proveedores.

#### Referencias

Nivel bajo: nunca asistió + primaria incompleta + primaria completa.

Nivel medio: secundaria incompleta + secundaria completa.

Nivel alto: superior o universitaria incompleta + superior o universitaria completa.

Cuadro 5  
AMBA. Hogares de dos proveedores según nivel  
económico social, 1980-2000.(En %)

Nivel económico social del hogar	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
Bajo	17,0	17,4	22,2	24,8	37,0	32,7	32,2
Medio	32,4	35,4	45,6	45,1	48,3	50,5	53,0
Alto	31,6	47,6	56,6	59,8	59,4	65,7	64,3
Total	203266	265055	343334	466636	522607	514878	523407

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con uno (varón) y dos cónyuges activos, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Nota 1: el porcentaje fue calculado para cada grupo de nivel económico social. Ejemplo: El 17,0% de los hogares de nivel económico social bajo constituyen hogares de dos proveedores.

Nota 2: el nivel económico social se construyó en base a los deciles de ingreso per capita familiar.

#### Referencias

Nivel Bajo: hogares sin ingresos + hogares ubicados entre el 1ro. y el 4to. decil.

Nivel Medio: hogares ubicados entre el 5to. y el 8vo. decil.

Nivel Alto: hogares ubicados entre el 9no. y el 10mo. decil.

Cuadro 6  
AMBA. Cónyuges en hogares nucleares completos con hijos según  
sexo y nivel de educación, 1980-2000. (En %)

Nivel de educación	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
MUJERES							
Primaria completa y menos	51,3	42,8	38,4	34,9	30,7	31,2	22,8
Secundaria incompleta y completa	31,2	33,3	35,2	35,7	38,2	30,8	36,9
Univers. o superior incompleta y completa	17,5	23,9	26,4	29,4	31,1	38,0	40,3
Total	247707	333509	448785	481551	409363	441850	465161
VARONES							
Primaria completa y menos	53,4	46,7	43,4	36,2	32,9	31,6	28,6
Secundaria incompleta y completa	26,6	29,8	33,8	36,1	38,6	36,4	37,6
Univers. o superior incompleta y completa	20,0	23,5	22,8	27,7	28,5	32,0	33,8
Total	232209	298364	447678	481551	409363	441850	465161

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Cuadro 7  
AMBA. Cónyuges en hogares nucleares completos con hijos según nivel de educación de la mujer relativo al varón, 1980-2000. (En %)

Nivel de educación de la mujer relativo al varón	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
Menos que el varón	24,4	24,4	23,4	26,5	20,3	21,6	17,8
Igual que el varón	45,8	44,0	42,6	40,4	44,8	47,7	48,5
Más que el varón	29,8	31,6	34,0	33,1	34,9	30,7	33,7
Total	223451	287377	447678	481551	409363	441850	465161

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Nota: “Menos”, “Igual” y “Más” aluden a la relación entre la posesión de alguno de los siguientes siete niveles de educación por ambos cónyuges: sin estudios, primaria incompleta, primaria completa, secundaria incompleta, secundaria completa, universitaria o superior incompleta, y universitaria o superior completa.

Cuadro 8  
AMBA. Parejas conyugales en hogares nucleares completos con hijos con igual nivel de educación, según nivel, 1980-2000. (En %)

Niveles de educación de cónyuges con igual nivel	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
Ambos primaria completa y menos	59,6	53,0	49,3	39,8	34,9	34,5	26,8
Ambos secundaria incompleta y completa	17,7	21,5	26,1	28,9	32,0	22,9	30,2
Ambos univ. o superior incompleto y completo	22,7	25,5	24,6	31,3	33,1	42,6	43,0
Total	102357	126398	190647	194619	183253	210656	225884

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Cuadro 9  
 AMBA. Duración de la jornada laboral semanal de mujeres y varones  
 que viven en hogares nucleares completos con hijos, 1991-2000. (En %)

Duración de la jornada laboral semanal	1991	1993	1995	1997	2000
MUJERES					
<u>Tiempo parcial</u>	<u>41,5</u>	<u>33,5</u>	<u>42,5</u>	<u>34,9</u>	<u>35,6</u>
-19 hs.	16,0	16,6	22,5	18,9	17,6
20-29 hs.	25,5	16,9	20,0	16,0	18,0
<u>Tiempo completo</u>	<u>58,5</u>	<u>66,5</u>	<u>57,5</u>	<u>65,1</u>	<u>64,4</u>
30-45 hs.	41,7	38,8	38,3	39,1	41,0
46 hs. y +	16,8	27,7	19,2	26,0	23,4
Total	427991	450961	378645	420280	448432
VARONES					
<u>Tiempo parcial</u>	<u>2,5</u>	<u>7,7</u>	<u>7,7</u>	<u>8,9</u>	<u>7,5</u>
-19 hs.	1,6	3,2	4,7	3,3	4,1
20-29 hs.	0,9	4,5	3,0	5,6	3,4
<u>Tiempo completo</u>	<u>97,5</u>	<u>92,3</u>	<u>92,3</u>	<u>91,1</u>	<u>92,5</u>
30-45 hs.	40,9	32,8	33,0	32,4	30,7
46 hs. y +	56,6	59,5	59,3	58,7	61,8
Total	435816	460341	395487	429406	450650

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Cuadro 10  
AMBA. Hogares nucleares completos con hijos, según duración de la  
jornada laboral de la pareja conyugal, 1991-2000. (En %)

Duración de Jornada laboral pareja conyugal	1991	1993	1995	1997	2000
Ambos a tiempo completo	56,6	61,7	54,5	60,7	58,9
Ambos a tiempo parcial	1,2	3,1	5,3	5,0	2,1
Él a tiempo completo, ella a tiempo parcial	40,8	30,7	37,5	30,3	33,7
Él a tiempo parcial, ella a tiempo completo	1,4	4,5	2,7	4,0	5,3
Total	415999	437897	368838	413074	438050

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Cuadro 11  
AMBA. Cónyuges que trabajan a tiempo completo en hogares nucleares completos con hijos,  
según sexo del cónyuge, por edad del hijo menor, 1991-2000. (En %)

Edad del hijo menor	1991	1993	1995	1997	2000
MUJERES					
Hasta 5 años	57,4	56,5	51,3	63,4	59,9
6 a 12 años	56,9	68,2	61,6	64,2	65,4
13 y más años	62,2	73,8	61,2	67,6	68,3
Total	250411	299905	217909	273662	288736
VARONES					
Hasta 5 años	96,6	93,2	91,6	88,5	92,1
6 a 12 años	98,6	93,2	94,7	93,9	92,9
13 y más años	97,4	90,9	91,0	90,9	92,6
Total	424842	424902	364931	391005	416891

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Nota: el porcentaje fue calculado para cada grupo de edad. Ejemplo: 57,4% de las mujeres con al menos un hijo de 5 o menos años de edad trabajan a tiempo completo, el complemento a 100% trabaja a tiempo parcial.

Cuadro 12  
 AMBA. Hogares nucleares completos con hijos, según proporción de ingresos  
 aportado por la mujer al ingreso de la pareja conyugal, 1980-2000. (En %)

Proporción ingresos mujer	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
Menos que el varón	60,1	57,1	55,4	51,9	56,6	52,6	53,8
Igual que el varón	35,3	35,2	37,9	37,0	33,9	36,8	35,3
Más que el varón	4,6	7,7	6,7	11,1	9,5	10,6	10,9
Total	202574	259878	323822	398987	359133	391245	411641

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

#### Referencias

Menos que el varón = 39% y menos

Igual que el varón = 40%-59%

Más que el varón = 60% y +

Cuadro 13  
 AMBA. Mujeres que aportan más que sus cónyuges al ingreso de la pareja en diversos sectores de mujeres  
 según edad, educación y nivel económico social, 1980-2000.(En %)

Características de las mujeres	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000	Dif.%
<b>Edad mujer</b>								
Hasta 29 años	2,1	11,7	9,4	2,9	9,7	9,1	11,0	+423,8
30-44 años	5,6	8,3	6,4	10,7	8,0	12,9	10,8	+ 92,8
45-60 años	4,2	4,1	5,6	13,9	12,6	7,6	11,0	+161,9
Total	202574	259878	323822	398987	359133	391245	411641	
<b>Nivel educación</b>								
<b>Mujer</b>								
Bajo	3,2	8,5	7,5	8,9	9,6	10,3	12,0	+275,0
Medio	5,7	6,3	6,3	8,1	10,9	11,7	12,5	+119,3
Alto	7,0	7,6	6,2	17,3	7,6	9,8	8,8	+25,7
Total	202574	259253	323822	398987	359133	391245	411641	
<b>NES hogar</b>								
Bajo	2,4	4,2	7,9	8,7	12,2	14,1	16,8	+600,0
Medio	3,4	9,9	4,4	11,7	10,4	10,3	11,7	+244,1
Alto	7,7	8,7	9,5	11,8	6,0	7,5	5,0	-35,1
Total	195332	245284	316771	386404	352187	388161	403431	

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Nota 1: "más que su cónyuge" significa 60% o más del ingreso de ambos cónyuges.

Nota 2: el porcentaje fue calculado para cada grupo de edad, de educación y de NES. Ejemplo: el 2,1% de las mujeres de hasta 29 años de edad aportan 60% o más al ingreso de ambos cónyuges. El complemento a 100% son las mujeres (97,9%) que aportan menos o la misma proporción de ingresos que sus cónyuges a los ingresos de ambos.

Fuente: Cuadros C, D y E del ANEXO.

ANEXO

Cuadro A  
 AMBA. Nivel económico social del hogar según nivel de educación de la mujer, 1980-2000. (En %)

Nivel de educ. de la mujer y NES del hogar	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
<b>Educ. Bajo</b>							
NES Bajo	53,3	59,0	63,5	60,1	64,5	68,4	69,8
NES Medio	36,7	34,5	31,7	35,3	33,2	28,0	29,2
NES Alto	10,0	6,5	4,8	4,6	2,3	3,6	1,0
Subtotal	492848	520501	466633	538301	503330	467329	419020
<b>Educ. Medio</b>							
NES Bajo	31,5	35,1	38,8	35,5	40,3	45,8	47,9
NES Medio	42,0	42,5	44,4	42,2	41,7	42,5	43,2
NES Alto	26,5	22,4	16,8	22,3	18,0	11,7	8,9
Subtotal	241744	280370	347827	468164	470840	476237	466847
<b>Educ. Alto</b>							
NES Bajo	12,4	7,5	12,9	15,7	15,8	13,3	11,1
NES Medio	38,1	51,3	46,4	36,3	37,5	48,8	44,9
NES Alto	49,5	41,2	40,7	48,0	46,7	37,9	44,0
Subtotal	60773	105951	134788	189873	192486	228202	279852
<b>Total</b>	795365	906822	949248	1196338	1166656	1171768	1165719

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con uno (varón) y dos cónyuges activos, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

## Referencias

Nivel Bajo: nunca asistió + primaria incompleta + primaria completa.

Nivel Medio: secundaria incompleta + secundaria completa.

Nivel Alto: universitaria o superior incompleta + universitaria o superior completa.

Cuadro B  
 AMBA. Hogares nucleares completos con hijos, según nivel de educación  
 de la mujer relativa al varón, por edad de la mujer, 1980-2000. (En %)

Edad de la mujer y relación de educación Ella-Él	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
<b>Hasta 29 años</b>							
Menos que él	18,4	17,6	28,9	31,5	15,0	21,8	20,2
Igual que él	38,4	31,5	34,7	32,9	43,1	48,3	41,6
Más que él	43,2	50,9	36,4	35,6	41,9	29,9	38,2
Subtotal	45573	38373	76829	45639	52755	48924	57057
<b>30-44 años</b>							
Menos que él	22,5	26,7	21,8	27,0	19,7	20,9	14,0
Igual que él	49,9	44,1	42,7	39,4	43,7	46,4	50,7
Más que él	27,6	29,2	35,5	33,6	36,6	32,7	35,3
Subtotal	125878	172083	262630	268249	238185	230955	230661
<b>45-60 años</b>							
Menos que él	34,2	22,7	23,2	24,2	23,8	22,5	21,9
Igual que él	42,5	49,9	48,1	44,1	47,6	49,4	48,1
Más que él	23,3	27,4	28,7	31,7	28,6	28,1	30,0
Subtotal	52000	76921	108219	167663	118423	161971	177443
<b>Total</b>	223451	287377	447678	481551	409363	441850	465161

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Cuadro C

AMBA. Hogares nucleares completos con hijos, según proporción de ingresos aportados por la mujer al ingreso de la pareja conyugal, por edad de la mujer, 1980-2000 (En %)

Edad mujer y proporción ingresos aportados por ella	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
<b>Hasta 29 años</b>							
Menos que él	65,6	47,3	69,4	44,3	68,6	47,7	57,0
Igual que él	32,3	41,0	21,2	52,8	21,7	43,2	32,0
Más que él	2,1	11,7	9,4	2,9	9,7	9,1	11,0
Subtotal	38425	36399	62262	38542	49621	45803	54998
<b>30-44 años</b>							
Menos que él	58,1	57,5	54,0	55,3	55,4	54,8	54,4
Igual que él	36,3	34,2	39,6	34,0	36,6	32,3	34,8
Más que él	5,6	8,3	6,4	10,7	8,0	12,9	10,8
Subtotal	113511	157786	185910	223596	212091	209304	199052
<b>45-60 años</b>							
Menos que él	60,7	61,4	47,1	48,7	53,2	50,9	51,9
Igual que él	35,1	34,5	47,3	37,4	34,2	41,5	37,1
Más que él	4,2	4,1	5,6	13,9	12,6	7,6	11,0
Subtotal	50638	65693	75650	136849	97421	136138	157591
<b>Total</b>	202574	259878	323822	398987	359133	391245	411641

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

Cuadro D

AMBA. Hogares nucleares completos con hijos, según proporción de ingresos aportados por la mujer al ingreso de la pareja conyugal, por nivel de educación de la mujer, 1980-2000. (En %)

Nivel educación mujer y proporción de ingresos aportados por ella	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
<b>Bajo</b>							
Menos que él	59,5	57,3	52,8	52,3	54,1	56,1	50,7
Igual que él	37,3	34,2	39,7	38,8	36,3	33,6	37,3
Más que él	3,2	8,5	7,5	8,9	9,6	10,3	12,0
Subtotal	108477	108344	130047	138758	111998	129722	91243
<b>Medio</b>							
Menos que él	57,9	55,6	50,9	51,7	53,9	45,8	57,3
Igual que él	36,4	38,1	42,8	40,2	35,2	42,5	30,2
Más que él	5,7	6,3	6,3	8,1	10,9	11,7	12,5
Subtotal	57688	88342	111714	140896	136385	120911	154981
<b>Alto</b>							
Menos que él	65,6	59,2	65,5	51,8	62,6	55,4	52,3
Igual que él	27,4	33,2	28,3	30,9	29,8	34,8	38,9
Más que él	7,0	7,6	6,2	17,3	7,6	9,8	8,8
Subtotal	36409	62567	82061	119333	110750	140612	165417
<b>Total</b>	202574	259253	323822	398987	359133	391245	411641

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.

#### Referencias

Nivel Bajo: sin estudios + primaria incompleta + primaria completa.

Nivel Medio: secundaria incompleta + secundaria completa.

Nivel Alto: universitaria o superior incompleta + universitaria o superior completa.

Cuadro E

AMBA. Hogares nucleares completos con hijos, según proporción de ingresos aportados por la mujer al ingreso de la pareja conyugal, por nivel económico social (NES) del hogar, 1980-2000. (En %)

NES y proporción de ingresos aportados por ella	1980	1985	1991	1993	1995	1997	2000
<b>Bajo</b>							
Menos que él	51,8	60,7	45,5	47,8	57,3	60,7	52,9
Igual que él	45,8	35,1	46,6	43,5	30,5	25,2	30,4
Más que él	2,4	4,2	7,9	8,7	12,2	14,1	16,7
Subtotal	54424	58947	85350	76816	96066	107900	95625
<b>Medio</b>							
Menos que él	64,0	47,7	60,1	51,6	52,3	46,3	52,0
Igual que él	32,6	42,4	35,5	36,7	37,3	43,4	36,3
Más que él	3,4	9,9	4,4	11,7	10,4	10,3	11,7
Subtotal	95519	119710	156101	181224	155334	184103	202388
<b>Alto</b>							
Menos que él	62,8	66,4	55,3	53,5	61,8	54,2	56,4
Igual que él	29,5	24,9	35,2	34,7	32,2	38,3	38,6
Más que él	7,7	8,7	9,5	11,8	6,0	7,5	5,0
Subtotal	45389	66627	75320	128364	100787	96158	105418
<b>Total</b>	195332	245284	316771	386404	352187	388161	403431

Universo: hogares nucleares completos con hijos, con ambos cónyuges ocupados, y cónyuge mujer entre 20 y 60 años de edad.